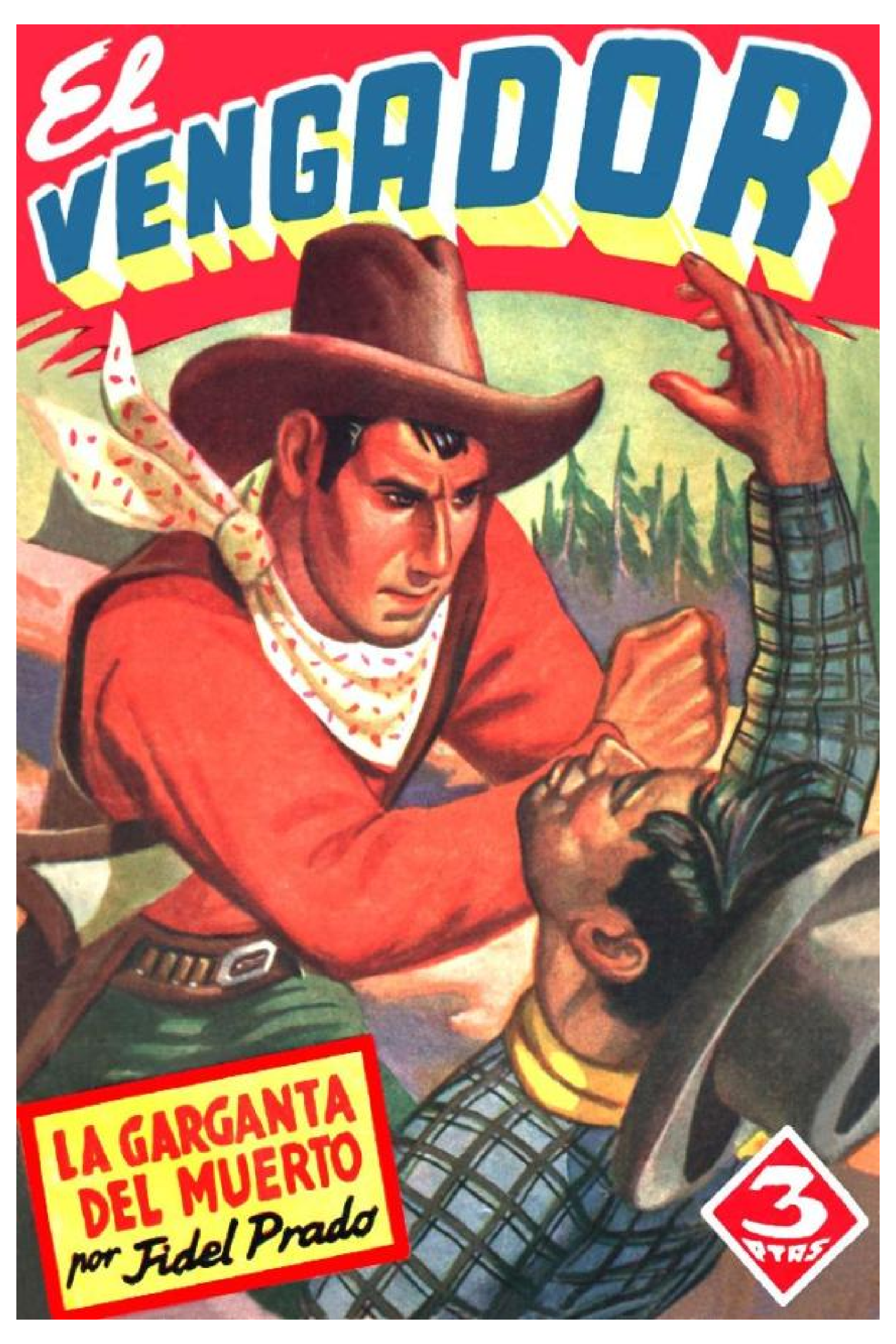


El VENGADOR
LA GARGANTA DEL MUERTO
por Fidel Prado
3 PTAS



Núm. 11

La garganta del muerto

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies ~ Vigo

EL VENGADOR

TITULOS PUBLICADOS

1. Juramento cumplido.
2. Jak, el Zurdo.
3. La presa trágica.
4. Un sheriff a la medida.
5. El rastro sangriento.
6. El jinete fantasma.
7. La charca envenenada.
8. El Tigre de Sierra Blanca.
9. El rapto de Magde Climpson.
10. Lowe, «el Seco»
11. La garganta del muerto.

Seguirán otros títulos.

PRIMERA EDICIÓN 1946

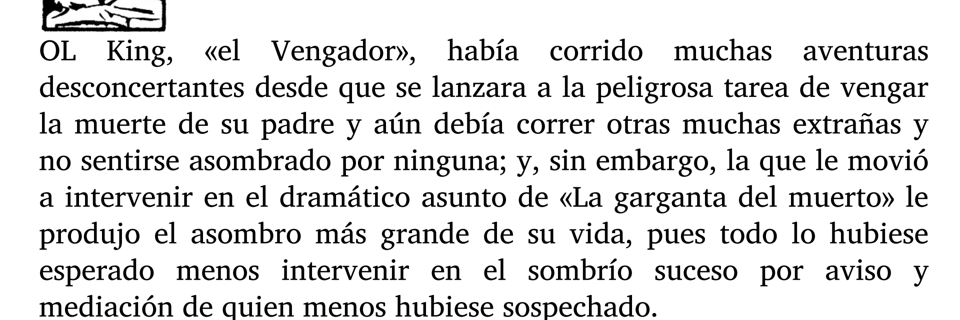
Impreso en España *Printed in Spain*

Artes Gráficas «GRIJELMO», S.A.—Bilbao



Capítulo I

UN AVISO INSOSPECHADO



SOL King, «el Vengador», había corrido muchas aventuras desconcertantes desde que se lanzara a la peligrosa tarea de vengar la muerte de su padre y aún debía correr otras muchas extrañas y no sentirse asombrado por ninguna; y, sin embargo, la que le movió a intervenir en el dramático asunto de «La garganta del muerto» le produjo el asombro más grande de su vida, pues todo lo hubiese esperado menos intervenir en el sombrío suceso por aviso y mediación de quien menos hubiese sospechado.

El hecho ocurrió de la siguiente manera:

Una mañana, al descender por la orilla del Colorado, en el Sudeste de Utah, se detuvo a contemplar un pasquín clavado en el tronco de un árbol y su contenido le llenó de asombro, pues decía así:

AVISO

Se ruega a las personas que sepan el paradero de Sol King, «el Vengador», le rueguen se pase por las oficinas del *sheriff* de Cisco, quien posee un encargo urgente que hacer llegar a sus manos.

Rex Tucson.

Cisco era un pueblo distante unas ocho millas del curso del rio, y Sol, sin vacilar, ante la llamada de un *sheriff*, varió el itinerario de «Stard» y se encaminó al poblado.

Era mediado el día cuando se detenía a la puerta de las oficinas, donde un tipo alto y huesudo, con los ojos de halcón y un bigote que parecía un cepillo de raíces colocado sobre el labio superior, quizá para disimular un poco el excesivo volumen de la nariz del propietario, se entretenía en espigar las lechugas de un pequeño huerto que rodeaba la casita.

Sol, llamando su atención, gritó:

—¡Eh, amigo! ... ¿El *sheriff*, Rex Tucson?

—Aquí tiene usted un par de metros de su persona, forastero. ¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Sol King...

—¡Ah!... ¡Por Judas, que me alegro conocerle, señor King!... Si no le pican mucho los mosquitos a su caballo y puede hacerle detenerse aquí unas horas tendré mucho gusto en invitarle a tomar algo que reconforte su estómago y, al mismo tiempo, poseeré un gran placer en entregarle algo que me enviaron para que lo hiciese llegar a sus manos.

Sol se apeó, dejando a «Stard» que ramonease a su gusto por la abrasada hierba, y se adelantó, preguntando:

—Acepto su amable invitación; pero ¿quiere decirme de qué se trata y cómo llegó a sus manos?

—El objeto no parece muy pesado. Es un paquetito atado con una preciosa cinta azul y un sello de lacre. En cuanto a la forma de llegar a mis manos lo trajo el mayoral de la diligencia que pasa por aquí hacia el Norte y me dijo que procedía de Kanab, desde donde se venía corriendo de mano en mano entre los mayorales de las diligencias de la Onylony Expres. Si le urge mucho conocer su contenido, pase y se lo entregaré ahora mismo.

Sol, que estaba intrigado por aquello, le acompañó al interior de la casita, y el sheriff, extrayendo del cajón de su mesa un diminuto paquete, lo puso en sus manos, añadiendo:

—Aquí lo tiene usted. Llegó a mis manos hace diez días, pero no sabía cómo diablos podría entregárselo. Por eso me decidí a colocar unos cuantos avisos por la orilla del río, la única ruta viable si pasaba usted por aquí.

Sol examinó la envoltura. En ella, con letra clara y grande, que quiso recordar sin conseguirlo, leyó:

«Al sheriff de Cisco, para que lo haga llegar lo antes posible a manos de Sol King.»

Este, cada vez más intrigado, hizo saltar el lacre, cortó la cinta, pues no poseía paciencia para desatar el complicado nudo y, desenvolviendo el paquete, puso al descubierto el contenido, lanzando una exclamación de asombro infinito.

El envoltorio contenía un pequeño y precioso pañuelo color azul pálido, que aún con-servaba el recuerdo de un suave y delicado perfume y una nota escrita a mano.

Instantáneamente Sol recordó al jinete fantasma, del que hacía tiempo no había vuelto a saber una palabra, y se preguntó emocionado por su recuerdo, a qué vendría aquel presente y qué desearía de él.

Con avidez leyó la nota que decía:

> «Sol, si tus actividades te lo permiten, yo te ruego que desciendas hacia el Sudoeste y bajes hasta Glandale, cerca del río Kanab. Cuando llegues allí preséntate en el rancho «Bar 6», pregunta por Sam o Set Lyons, los propietarios, y diles que te cuenten la historia de «La garganta del muerto». Te advierto que están en peligro de muerte y que de la rapidez con que llegues y puedas encargarte del asunto, acaso dependan sus vidas.
>
> »Es un caso extraño que yo no sirvo para aclararlo; pero que por ser de justicia te lo traslado a ti, seguro de que sabrás desentrañarlo y castigar al miserable que se oculta en el incógnito para asesinar cobardemente.
>
> »Te da las más expresivas gracias, tu admirador,
>
> EL JINETE FANTASMA.»

Sol se quedó embobado con la nota en una mano y el pañuelo en la otra, y el *sheriff*, sonriendo maliciosamente, exclamó:



—¡Por los cuernos de una vaca!...

—Un mensaje amoroso, ¿eh?... ¡Así le corría prisa a la interesada hacerlo llegar a sus manos!

Sol salió de su ensimismamiento y, con sonrisa sombría, replicó:

—Está usted equivocado, *sheriff*. Esto es un mensaje de muerte.

Y le dio a leer la nota.

Rex, intrigado, se la devolvió, diciendo:

—¡Por los cuernos de una vaca!... Nadie lo diría al ver ese femenino adminiculo... ¿Quién es ese gentil jinete? ¿Alguna intrépida y linda amazona?

—Lo ignoro. Sus actos son más bien de un hombre hecho y derecho; pero las varias veces que he tenido ocasión de enfrentarme con él ni he logrado hablarle ni verle el rostro. Lo lleva siempre cubierto con un antifaz.

—¡Bueno, bueno!... ¡Eso es un truco para intrigarle! ¡Apostaría mi estrella contra una pipa de tabaco a que se trata de una dama enamorada de usted hasta los huesos, que pretende intrigarle y cazarle con red! Ese lindo pañuelo no se le ocurre regalarlo más que a una mujer.

—Puede que tenga usted razón, pero... maneja el revólver demasiado bien para ser una delicada dama.

—En el Oeste, muchas mujeres podrían formar una banda de pistoleros sin que los hombres pudiesen disputarles la jefatura.

—No lo discuto...

—Yo que usted, no me preocuparía tanto del aviso. A lo mejor está rabiando por atraerle a su lado y se ha valido de ese truco.

Sol, protestó con energía.

—¡Eso no!... Siempre que nos hemos encontrado ha sido en situaciones trágicas. Sus avisos son ciertos y cuando se ha esforzado tanto en hacer llegar este aviso a mis manos es que el peligro para los Lyons es cierto y agobiante. Lo que siento es el tiempo perdido y el que perderé hasta llegar allí.

—Bueno, bueno, si usted está seguro de eso, yo no quiero entretenerle cuando la vida de gente honrada está en peligro; pero como necesitará usted comer algo, tanto le da perder ese tiempo aquí que en una taberna del poblado.

—Ciertamente. Le acompañaré a la mesa y dentro de una hora me pondré en camino.

El *sheriff* le invitó a un sabroso plato de porotos con carne de oveja, tocino frito, manzanas, torta de maíz y vino de Arizona, y cuando terminó el yantar Sol se dispuso a partir.

—Quedo muy agradecido a sus atenciones y a su aviso—dijo—. Si en algo puedo servirle alguna vez, en Pina Valley tengo mi modesta casa, aunque hace muchos meses que falto de ella.

—Gracias, si algún día surge algo que precise su ayuda, ya me acordaré de usted. Entre tanto le deseo que tenga un éxito más en ese complicado asunto y... que lo de la dama del antifaz se resuelva a gusto de ambos.

—Muchas gracias; pero, si realmente fuese una mujer está jugando una carta decepcionante para ella. Mi corazón tiene ya dueña...

—¡Vaya por Dios!... Eso es lo peor... para el jinete fantasma.

Acompañó a Sol hasta el camino cubierto de yugo y no se retiró hasta perderle de vista.

Sol emprendió la ruta muy disgustado. Las palabras del *sheriff* habían abierto en su pecho una pequeña herida que, quizá la reflexión fuese agrandando.

Nunca «el Vengador» se había dado a pensar en serio que el audaz jinete pudiese ser una mujer; pero mucho menos que fuese una mujer enamorada de él, y al solo pensamiento de no poder corresponder a su posible pasión, después de deberle la vida, se sentía huraño y maldecía del momento en que el destino le había colocado en su siniestra ruta.

Él hubiese anhelado ponerse en contacto con el jinete, descubrir su verdadera personalidad y si en efecto era una mujer, apresurarse a patentizarle su agradecimiento; pero, al tiempo, a matar en su pecho toda esperanza de un posible amor correspondido.

Nada podía hacer para ello; pero quizá un día la suerte les

enfrentase más de cerca y entonces le fuese posible aclarar la situación y deshacer el posible equívoco.

Atormentado por estos pensamientos, decidió seguir toda la orilla izquierda del Colorado hasta alcanzar la divisoria con Arizona. Allí seguiría el curso del río Paria y bordeando por el sur los montes Pink Cliffs, alcanzaría el poblado.

Era el camino más fácil, ya que el interior de la región, por lo abrupto y montañoso, le haría perder muchas horas de camino dando inútiles rodeos.

Fue un viaje penoso y agotador de cerca de quince días siguiendo las márgenes del famoso río y durmiendo lo indispensable para tomar un descanso.

Toda aquella parte, carente de pueblos ribereños, le obligó a pernoctar al aire libre y a surtirse de su despensa ambulante; pero esto no significaba nada para él, acostumbrado a las largas y solitarias jornadas del Oeste.

Y así, un día, al filo de las doce, seguía el escaso caudal de agua del río Kanab que descendía lento, perezoso y cuajado de cieno hacia la frontera de Arizona.

El pueblo de Glandale se asentaba lejos del curso del rio, hacia el Oeste, y Sol, abandonando las orillas, se dirigió al poblado antes de intentar alguna gestión preliminar.

Ignoraba los sucesos en los que iba a intervenir, pero su instinto le advertía que no debía darse a conocer hasta que las circunstancias así lo exigiesen.

Penetró en el pueblo, cansado y lleno de polvo y buscando una de las varias tabernas allí establecidas, decidió reponer energías con un buen menú.

Pidió que le sirviesen abundantemente de lo mejor que tuviesen y se dedicó a observar. La animación era muy escasa a tales horas y en día de trabajo, y esto lo achacó a que el poblado era eminentemente ganadero y agrícola.

El tabernero, un hombretón rojizo y simpático, parecía poseído del ansia de cambiar impresiones y aprovechó la coyuntura para preguntar:

—¿Satisfecho de la comida, forastero?

—Bastante, patrón. Hacía tiempo que no comía así.

—¿Viene usted por casualidad de allá abajo?—y señalaba con la mano hacia la frontera de Arizona.

—No. Vengo de allá arriba.

—Entonces se explica. La ruta del Colorado es pobre en poblados. Esto ya es otra cosa, aunque tampoco está muy nutrido.

Hay mucha montaña y bastantes abigeos y salteadores.

—¿No está tranquila esta parte de la región?

—No está mal. Llevábamos mucho tiempo en completa calma y ahora… No sé… son cosas extrañas…

—¿No irá a decirme que hay duendes?

—No. Claro que no. Los duendes no matan a la gente, aunque se evaporen luego como algunos criminales.

Sol aguzó el oído. Parecía que el tabernero quería decir algo y no se atrevía. Para animarle, preguntó:

—¿Hay crímenes misteriosos? En el Oeste, la gente, cuando mata, no se esconde. Ni siquiera los forajidos.

—Pues eso es lo extraño. Hace mucho tiempo hubo aquí peleas sangrientas. La familia Lyons y su rival Barry Sills, anduvieron en pelea abierta. Barry mató no muy noblemente a Jerry, el padre de los Lyons, y le condenaron a ocho años. Desde entonces esto quedó en calma hasta hace poco que alguien mató a Arthur, el mayor de los Lyons.

—¿En riña?

—No, por la espalda y a traición. Le mataron en una garganta que hay sobre el río y que se conoce por «la garganta del muerto». Allí mataron a su padre.

—Sí que es coincidencia.

—No mucha. Barry juró que mataría a toda la familia y sembraría de sal sus propiedades. Barry debió cumplir su condena y el mayor de los Lyons ya ha caído.

—¿Cómo puede ser eso? Alguien tiene que saber dónde se mete el criminal. Esto no es muy grande.

—Pues no se sabe nada. La gente está asustada. Los Lyons no se atreven a salir de sus pastos, que mueren precisamente en «la garganta del muerto», y la gente, intrigada, espera de un momento a otro que se cumpla la fatal amenaza.

—¿Cae muy cerca de aquí el rancho de los Lyons?

—No mucho. Lo divide el río del que fue de su rival. Unas cinco millas.

—Me gustaría hacer una visita a…

—No creo que le admitan. Tienen miedo a una sorpresa.

—En fin, lo intentaré. Estoy sin trabajo y acaso les interese alguien que pueda ayudarles a velar por su vida. ¿Qué tal clase de personas son?

—Muy buenas. Su padre también lo era. En cambio Barry…

—Eso me acaba de decidir. Voy a echar un vistazo por allá y si no les hago falta… pues me iré más adelante. Para trabajar todas las

tierras son buenas.

—Es verdad. Con ellos estaría usted bien, pero ya le digo que dudo que admitan gente desconocida.

Sol abonó el gasto y abandonó la taberna. Los escasos informes que el tabernero le había suministrado le satisfacían, y además coincidían con lo poco que el jinete fantasma había dejado escrito en su nota.

Se apartó de la polvorienta senda y, cruzando por una pradera bastante agostada por el calor, se dirigió hacia el río. Con las señas que le habían dado tenía que encontrar forzosamente la hacienda de los Lyons en cuanto alcanzase la famosa garganta donde se estrechaba el cauce del agua.

Sol caminaba despreocupado, sin volver la vista atrás. Nadie le había visto, nadie sabía de su presencia en el poblado y, de momento, no tenía por qué mostrar recelos.

Sin embargo, si se hubiese molestado en echar un vistazo curioso a su espalda hubiese descubierto cómo un individuo que se hallaba comiendo en un rincón de la taberna cuando él entró, y que captó toda la conversación suya con el tabernero, le seguía a distancia, después de haberle dejado salir por delante, sin, al parecer, hacer aprecio alguno de su presencia.

Pero Sol no le vio, y así, cuando «el Vengador» alcanzaba la famosa garganta, su espía torcía bruscamente a la izquierda, dejando el rio al otro lado, y desaparecía misteriosamente por una pina cuesta que se hallaba cubierta de espesos árboles.

Sol alcanzó la garganta y se quedó contemplándola desde abajo, era un corte profundo y vertical, entre dos taludes roqueños, por entre los que el río, al sentirse oprimido, se deslizaba raudamente, formando oleadas de sucia espuma y rezongando bravamente.

La altura de los taludes era mareante y la luz llegaba hasta el agua muy tenue. Un salto desde aquellas alturas sería mortal de necesidad.

Abandonó la garganta, retrocediendo un poco para seguir una senda que flanqueaba el desnivel del terreno, siempre en sentido ascendente, y así un cuarto de hora más tarde alcanzó el terreno alto.

Este se alisaba suavemente bordeado por una recia cerca de espino, que se dilataba hacia el sur hasta donde se perdía la vista, y al otro lado de la cerca descubrió un suelo fértil en pastos, algunas construcciones lejanas que parecían hundirse entre desniveles y asperezas del terreno, pequeños hatajos de reses diseminadas por la pradera y algunas charcas y arroyos que brillaban como oro

encendido a la cálida luz del sol de la tarde.

Siguió caminando paralelo a la cerca, admirándose de la extensión de ésta. Si como suponía lógicamente aquellos terrenos pertenecían a los Lyons, éstos poseían una hacienda de un gran valor, tanto en terreno como en contenido.

Llevaría caminando un cuarto de hora cuando por fin descubrió a su izquierda, perdido en el fondo del terreno y casi borrado por gran cantidad de árboles frutales, la silueta de un rancho. Se trataba de una gran construcción de abeto amarillo, con sus anexos correspondientes, y presentaba un aspecto agradable y acogedor.

Un recodo de la cerca le hizo perder de vista el rancho y avanzó buscando la entrada, que no debía hallarse lejos. Por fin, descubrió una especie de gran arco construido con gruesos troncos de árbol y adosadas a ellos dos enormes hojas de puerta de sólido hierro. Estas permanecían cerradas y Sol se dispuso a llamar.

Pero en aquel momento la amenazadora boca de un rifle asomó por entre los travesaños del cercado de troncos donde moría el espino, y una voz ruda, advirtió:

—¡Cuidado, forastero!… La ruta del pueblo es por allá abajo. Esta senda es propiedad del rancho.

Sol se detuvo, diciendo:

—No me interesa de quién es propiedad. Vengo al rancho de los señores Lyons y desearía hablar con ellos.

—Va a ser difícil, forastero. Mis patrones no reciben a nadie… que no conozcan.

—Admiro su prudencia, y la justifico; pero en este caso deben hacer una excepción en beneficio propio. Pase dentro y dígales que he hecho un viaje de trescientas millas a caballo solamente para hablar con ellos.

—¿Quiere decirme su nombre?

—No. Se lo diré a ellos personalmente, como así mismo la persona que me envía. Dígales que si recelan algo de mí estoy dispuesto a dejarme registrar y despojar de mis armas y, si aún les parece poco, a dejarme maniatar hasta estar en su presencia.

El peón emitió un silbido y rápidamente surgió un compañero tan armado como él. El primero le dio orden de quedar vigilando y desapareció de allí.

Sol, sonriendo de manera humorística, tuvo que esperar más de un cuarto de hora. Comprendía los recelos de los hermanos Lyons, pero le parecían excesivos cuando se contaba con una hacienda como aquella que debía poseer un buen número de vaqueros y se tenían tomadas tan sólidas precauciones.

Cuando ya iba perdiendo la paciencia, apareció el peón, quien advirtió:

—Bien, forastero; los patrones van a recibirle, pero me permitirá que me quede con sus armas como garantía.

—Bien, aquí las tiene usted. Haga el favor de guiarme.

El peón le precedió por una senda enarenada a cuyos lados se erguían rectos álamos de una altura mareante, y diez minutos después se detenían ante una especie de porche, que más que porche era un pequeño patio descubierto en el frente y cuyo techo aparecía sostenidos por columnas de labrada madera.

Capítulo II

LA HISTORIA DE UN CRIMEN



TRAVESARON un ancho zaguán en el que se notaba un frescor agradable, y, torciendo a la izquierda, el peón le señaló una puerta, diciendo:

—Haga el favor de pasar.

Sol empujó la hoja resueltamente, no sin observar que el peón se quedaba a la expectativa con la mano apoyada en la culata del revólver.

«El Vengador» se encontró en una grata estancia amueblada al antiguo estilo hispano-californiano. Se notaba en los muebles y en el decorado la influencia de los conquistadores españoles, cuya huella había llegado hasta allí.

Pero lo que más le llamó la atención fue la pareja de mozos simpáticos y fornidos que, a pie firme, apoyados de espaldas sobre una mesa torneada de roble, le contemplaban con marcada curiosidad.

El parecido de sus rostros les denunciaba a simple vista como hermanos, y su diferencia física era escasa.

El mayor representaba unos veintitrés años, y el segundo, acaso veintiuno. Los dos eran morenos; de rostro tostado por el sol; anchos de hombros y flexibles de cuerpo, y tenían los ojos negros y brillantes.

Aparecían destocados, y sus cabelleras espesas y brillantes eran negrísimas, como negros los finos bigotes que adornaban sus labios superiores.

El mayor—Set—se adelantó dos pasos, diciendo:

—Sea usted bien venido, forastero. Le habrá parecido un poco ridículo el medroso recibimiento, pero cuando la muerte ronda y se ignora por dónde, toda precaución es poca.

—No tiene por qué excusarse. Sé algo del asunto y me parece bien su actitud.

Set se quedó dudando un momento, para luego decir:

—Bien, señor. Espero saber su nombre y el motivo que le trae a usted a este rancho.

Sol echó una mirada furtiva al peón y luego dijo:

—¿Me permite que se lo diga al oído? Hay cosas que no me gusta divulgar si no son necesarias.

Set se encogió de hombros y Sol avanzó hasta susurrarle a la oreja:

—Me llamo Sol King, «el Vengador». Pero en bien de ustedes estimo que nadie debe conocer mi presencia aquí.

Set hizo una mueca de asombro y, dirigiéndose al peón, dijo:

—James, puedes irte a la cerca. El señor es persona de toda confianza.

James, sin hacer gesto alguno, abandonó la estancia, cerrando la puerta, y Set, dirigiéndose a su hermano, dijo:

—Escucha, Sam, este forastero es Sol King, «el Vengador». Espero que no tengas nada que oponer a su presencia en esta casa.

Sam alargó la mano a Sol, diciendo:

—¡Oh, al contrario! Es para mí un placer recibir a un hombre de su talla. Quizá el que nos haría falta para resolver este maldito asunto, Set.

«El Vengador» se apresuró a advertir:

—Quiero hacer constar que he recorrido a caballo más de trescientas millas en quince días solamente para venir a ofrecerles esa ayuda que al parecer, precisan.

Los dos hermanos se miraron perplejos y Set preguntó:

—¿Cómo es posible que a esa distancia haya llegado a usted un episodio tan lejano y personal como éste?

—¡Oh!, es una historia quizá tan fantástica como la suya propia, pero tan verídica como ella. Desde que me lancé a esta trágica aventura de venganza hay alguien en esta parte de la región que ha hecho suya mi labor y procura ayudarme en el incógnito, a medida de sus fuerzas. No sé quién es. Se trata de un jinete negro y misterioso, con el rostro cubierto por un antifaz, el cual, no sólo me ha ayudado eficazmente en varios momentos graves, sino que en dos ocasiones me ha salvado la vida. No he podido ponerme a su alcance para darle las gracias, pues me huye como al demonio; pero es leal, decidido y valiente. En Cisco, el *sheriff* había recibido un paquete para mí. Con insistencia me buscó hasta localizarme y hacerme entrega del paquete. En él sólo había un pañuelo de mujer —éste que ven aquí—similar a otros que dejó en mis manos como recuerdo de nuestras mutuas aventuras y esta nota. Léanla y

después díganme si es cierto el contenido.

Los dos hermanos leyeron ávidamente la nota, y Set, afirmó:

—En efecto. Todo esto y más es verdad. Lo que no nos explicamos es quién será ese jinete y qué interés le llevará a recabar para nuestro caso su valiosa ayuda.

—Su interés es la justicia como lo es el mío. Al recibir su aviso no dudé en ponerme en camino y venir a ofrecerme a ustedes por si estiman que les puedo ayudar a desentrañar la muerte de su hermano y a evitar que puedan ser ustedes víctimas de la misma suerte.

Sam apretó los dientes con ira, diciendo:

—Escuche, Sol. No nos tome por unos cobardes. No lo somos. Hemos heredado la sangre de nuestro padre y en más de una ocasión demostramos tener el corazón en su sitio, pero no estamos acostumbrados a luchar contra fantasmas. Eso es superior a nuestras fuerzas. Que quien tenga rencor contra nosotros nos desafíe cara a cara y nos verá darla como los hombres.

—Bien, no se exalte. Yo pienso como usted. Creo que lo mejor será que me cuenten todo lo sucedido y quizá yo, con más independencia que ustedes, pueda actuar con más eficacia.

—Bien, mientras nos preparan la cena, le invitamos a un *whisky* y le contaremos lo que sucede. Después, usted juzgará si el caso merece la atención que ofrece o no.

Se sentaron en torno a la mesa; Sam destapó una botella de exquisito *whisky* y luego Set, tomando la palabra, dijo:

—He aquí la historia, amigo Sol. Este rancho fue construido por mi abuelo, quien se estableció aquí en la época de los mormones, acotando una gran extensión de terreno en virtud de la facultad que el Gobierno otorgaba sobre las tierras libres. Mi abuelo Nap era un trabajador incansable y un hombre de hierro, el cual, en unos cuantos años, consiguió reunir un hatajo considerable y ser uno de los ganaderos más prestigiosos del nordeste de Utah. Nuestros pastos, como tendrá ocasión de apreciar, se extienden desde la falda de unas altas colinas al Sur, hasta la cortada por donde se desliza el río. Esta cortada forma una garganta altísima y muy abrupta, que hoy la gente conoce por «la garganta del muerto», debido a que allí fue donde mataron a mi padre. Es un sitio Ideal. Por esa parte lo defiende la Naturaleza y, por el Este, el río que forma un viraje para entrar en la garganta. Los terrenos, al otro lado de la cortada, fueron acotados por algunos granjeros, un par de ovejeros y unos cortadores de madera, y aunque pobremente, lo explotaron a su modo, sin que existiese roce alguno con mi familia.

A1 morir mi abuelo, mi padre se hizo cargo de la herencia y la cuidó con el mismo esmero. Ya por entonces se había casado y había nacido nuestro hermano Arthur. Más tarde vinimos al mundo yo primero y luego Sam, y dos años después mi madre fallecía a causa de una enfermedad infecciosa, siendo inútil cuanto se hizo para salvarla, y desde entonces mi padre, de continuo alegre y optimista, adquirió un carácter reservado y huraño, que nadie podía suavizar. A poco de esta desgracia supimos que las granjas y lo que les rodeaba habían sido adquiridas por un ganadero del Colorado, el cual pensaba dedicarla a pastoreo de reses astadas, cosa que nos alegró, pues las ovejas no eran una vecindad muy agradable para un ganadero. El terreno fue adquirido por un individuo llamado Barry Sills, hombre grande, pesado, de unos cuarenta y cinco años, de ojos fríos y rostro algo cetrino, quien transformó el terreno levantando un rancho y cuidando de que los pastos volviesen a fructificar donde las ovejas habían devorado hasta las raíces. El carácter orgulloso de nuestro vecino, unido al que mi padre había adquirido a raíz de quedar viudo, no se prestaba a grandes amistades, y así puedo decirle que apenas si tuvimos trato con Barry y más estando nuestras propiedades cortadas por la garganta y el río.

Hace aproximadamente unos ocho años ocurrió algo que fue el origen de toda la tragedia. El Kanab, por su parte Este, antes de formar el recodo que entra en la garganta, riega nuestros pastos por este lado, pero no así los de Barry, por hallarse situados sobre el nivel del rio. En cambio, junto al cauce existe una hondonada dentro del terreno contrario que, en caso preciso y canalizando un tanto desde la orilla, se puede embalsar el agua para casos de sequía. Cuando ésta se producía, a nosotros nos era más fácil procurarnos agua para un embalse fabricado por mi abuelo. Bastaba abrir un pequeño surco al borde del rio y éste dejaba deslizar agua hasta el embalse, y una vez lleno volvíamos a taponar el surco sin dificultad, ya que, como usted habrá podido apreciar, el curso del río es pobre. El primer año que Barry usufructuó sus tierras se produjo una sequía de las más graves sufridas en la región, y para él el contratiempo era más peligroso, pues se encontraba con un terreno medio arrasado por las ovejas, cosa que, al preocuparle, le llevó a tomar una resolución extrema. Sin cuidar de los intereses ajenos, como si cielo y tierra fuesen suyos, decidió llenar su embalse hasta los topes, y en lugar de tender un pequeño canal que nos permitiese a todos captar agua, voló con dinamita la parte que taponaba la entrada a la enorme balsa y precipitó el pobre cauce del

rio en ella, dejándonos sin gota para nuestro ganado. Aparte del perjuicio que nos ocasionaba, él estuvo expuesto a sufrirlo peor, pues, una vez lleno el embalse, el agua siguió precipitándose en él y se desparramó por la parte baja del terreno, amenazando con convertirse en una inmensa laguna. Más tarde se vio obligado a abrir un canal de desagüe en su propia charca para devolver el sobrante al rio, cauce que en época normal es útil, pero en tiempo de crecidas resulta insuficiente y les produce serios trastornos. Así, si usted visita esa parte, verá cómo el río toma una sangría a su derecha y más allá vuelve a recibir agua del embalse, después de dar una vuelta de un cuarto de milla. Pues bien. Aquella acción nos puso en un serio aprieto. El rio venía muy bajo y, al absorber el agua en la voladura, no alcanzaba el sobrante a nuestro canal y no nos llegaba ni una gota. Mi padre, furioso, sin detenerse a pensarlo un solo instante, se presentó en el rancho de Barry, increpándole por su cochina acción y conminándole a que buscase una fórmula que beneficiase a ambos sin perjudicar a ninguno. Barry, que era un hombre agresivo y muy suyo, le contestó que no tenía que buscar fórmulas y que si no le llegaba el agua, que la portease a cubos, que buenos hombros tenía para ello. Mi padre, encolerizado, quiso demostrarle que poseía hombros y brazos para muchas cosas, y le aplicó en la boca un terrible puñetazo que le saltó distintos dientes. Barry quiso disparar sobre él, pero mi padre le arrebató el revólver y, ciego de furor, le aplicó varios golpes hasta dejarle sin sentido. Luego abandonó el rancho, sin que nadie osase hacerle frente y vino al nuestro en, el estado de ánimo que usted puede suponer. Como nos fue posible, tratamos de resolver el conflicto, lo, que en realidad no se consiguió hasta que Barry, viendo sus tierras en peligro, tuvo que abrir el desagüe y devolver el agua al río. El incidente puso a mi padre sobre aviso. Suponía que su peligroso vecino no se resignaría con la ofensa, y decidió vivir vigilando; medida sabia, pues horas más tarde el equipo de Barry intentó asaltar nuestro rancho para vengar la ofensa recibida por su patrón. Como no estábamos desprevenidos, el ataque se frustró; pero hubo bajas por ambas partes, y esto dejó el asunto más enconado, ya que después de aquello el odio se había trasmitido a los dos equipos. Durante un par de meses hubo luchas individuales a cargo del incidente. Cuando algún peón de Barry se encontraba con alguno nuestro ya se sabía que tenía que haber tiros, y si bien el vecino llevó la peor parte, nosotros perdimos cuatro hombres, más otros que sufrieron heridas.

Un día, pareció zanjada la cuestión. Los peones de Barry dejaron

de aparecer por el poblado y no dieron más señales de vida. Y así pasaron tres meses en completa calma, hasta que, un anochecer, surgió la terrible tragedia. Mi padre, rebuscando reses extraviadas, llegó hasta la garganta, donde quedó un momento parado contemplando el río que se deslizaba impetuoso a muchos pies de profundidad, y cuando al parecer iba a retirarse, vibraron varias detonaciones y cayó de bruces al mismo borde de la garganta, quedando inclinado sobre el precipicio, sin caer a él por una verdadera casualidad. La intención de sus matadores debió ser la de alcanzarle cuando se asomaba para que se precipitase al abismo, pero no tuvieron suerte y el cadáver quedó medio colgado al borde de la sima, sin que pudieran hacer nada para empujarle hacia el fondo. Dos horas más tarde, el capataz, extrañado de la tardanza de mi padre, le buscó por todos los pastos hasta descubrirle muerto de aquella manera. Se avisó al *sheriff*, que era muy amigo suyo, y el *sheriff* no tuvo que hacer muchos esfuerzos para adivinar de dónde había partido la agresión. El cuerpo tenía tres proyectiles alojados: dos de *colt* y uno de rifle. El *sheriff*, enérgico, a pesar de las amenazas que le hicieron, detuvo a Barry y a parte del equipo, y en un registro efectuado en el rancho se descubrió en una de las habitaciones un rifle del calibre del que había matado a mi padre. La causa armó ruido. En el informe médico se afirmaba que una de las heridas producida por *colt* del 45 era mortal, y que las otras no hubiesen podido producirle la muerte. Este veredicto salvó a Barry de la horca. Se le atribuía haber disparado con el rifle, y por ello salió condenado a ocho años de cárcel y fue colgado su capataz, que, al parecer, fue señalado como uno de los autores de los otros dos disparos. También se condenó a Barry a pagar una indemnización de 50.000 dólares: pero cuando se intentó proceder al embargo del rancho se descubrió, con sorpresa, que éste había sido vendido legalmente una semana antes del suceso a un individuo llamado Lon Ellis, y no se pudo hacer efectiva la multa.

Barry armó un escándalo terrible en el juicio y amenazó a todos con tomar feroces represalias el día que se viese libre de aquella injusta condena; pero nadie tomó en serio sus amenazas, y después del fallo fue trasladado a Salt Lake City a cumplir la pena impuesta. La muerte de mi padre nos dejó en situación angustiosa. Yo contaba trece años, Sam, once, y el único que empezaba a despuntar como hombre era Arthur, que iba a cumplir dieciséis. El capataz que poseíamos, un viejo fuerte y vigoroso, muy leal y muy entendido, se brindó a velar por nosotros como si el rancho fuese cosa propia; y si perdimos un padre, en Jeff Logan encontramos otro, pues se portó

como nadie puede imaginarse. El impuso primero a Arthur en todo lo concerniente a las administraciones y cuidados de las reses y más tarde a nosotros, y gracias a él salimos adelante como si nadie hubiese faltado aquí. Logan murió hace dos años, y si lloramos a nuestro padre, no le lloramos menos a él que le sustituyó sin desventaja. Al mes de ser condenado Barry se hizo cargo del rancho su nuevo propietario, quien en verdad se mostró indiferente a todo. Ni habló con nadie, ni dio explicaciones de su persona ni quiso saber nada de nosotros, cosa que nos congratuló, pues tampoco queríamos trato con nadie. Pero hace unos seis meses supimos algo desconcertante. Ellis había traspasado su hacienda, y ahora el propietario es una mujer. Le parecerá extraño, pero así es. Se trata de una mujer joven, de unos veinticuatro años, no despreciable de rostro, pero altiva y orgullosa, que se pasea a caballo por su hacienda y parece costarle trabajo hablar con alguien. Algunas veces la hemos visto desde la garganta y no ha parecido agradarle nuestra presencia pues nos ha lanzado una mirada desdeñosa, volviéndonos la espalda. En realidad, no se ocupa, al parecer, del rancho. Según mis peones han averiguado por algo oído en las tabernas del poblado procede del Colorado, donde su padre fue ganadero y le dejó un buen puñado de dólares. Para ocuparse del ganado y de los peones se ha traído un capataz ya viejo, pero fuerte como un roble. Es un individuo algo encorvado de espaldas, con el pelo revuelto y canoso y unas barbas canas que parece haber hecho voto de no afeitárselas nunca, Él es quien se cuida de todo y ella sólo pasea y vigila a los demás. Después del primer momento de curiosidad, no nos hemos vuelto a ocupar de ella ni de nadie del rancho «Loma Alta», y nos hallábamos tan tranquilos cuando una noche la tragedia volvió a aletear sobre nuestras cabezas. Mi hermano Arthur, que era la cabeza visible de la hacienda, bajó una noche de luna a echar un vistazo al rio. Por aquella parte nos había desaparecido ganado sin saber cómo y quería estudiar el terreno por si se escapaba por algún sitio mal cercado o si alguien nos lo robaba. Como tardara mucho en regresar decidimos buscarle, y nuestra sorpresa fue terrible al encontrarle muerto de un tiro por la espalda junto a la garganta. Pero lo más extraño fue una nota descubierta a su lado. Era un escrito burdo que decía:

> «Todo se paga en la vida. La familia Lyons morirá con las botas puestas y su hacienda será arrasada.»

Locos de dolor acudimos al *sheriff*, quien abrió una investigación

para descubrir a los asesinos; pero éstos no habían dejado huellas de su paso y no hubo forma de encontrar la más ligera pista. Cunor Rice, que es el *sheriff*, hizo una visita al rancho «Loma Alta» para investigar. Su dueña, que se llama Violeta Clayton, le acogió con frialdad, aunque de manera cortes, y le dijo que investigara lo que quisiera, pero que tuviese en cuenta que ella no tenía pleito alguno con nosotros, ni siquiera trato, y que, por lo tanto, nada le podía interesar nuestras personas y nuestros bienes. Rice no sacó nada en limpio. Los peones no habían oído ni siquiera disparar y estaban ignorantes del suceso. La muerte de Arthur nos impuso pánico, ¿para qué negarlo? Mientras el asesino no diese la cara corríamos el peligro de caer a traición como él y nos encerramos en esta parte de la hacienda, no saliendo de ella si no es acompañados de varios peones. Esta es la situación. ¿Quién puede ser el asesino? Nosotros creemos que Barry, pero… ¿dónde se oculta? Ese es el misterio.

Sol, que había escuchado atentamente, preguntó:

—¿Han sabido ustedes algo positivo de él?

—Sí, el *sheriff* averiguó que salió de la cárcel hace un año y que se dirigió a Montana. No sabe más.

—Una pregunta… ¿Sigue faltándoles ganado?

—Sí, no en gran proporción, aunque más de lo que debe considerarse normal. Poseemos muchas cabezas, y entre muchas siempre falta alguna, pero… me parecen excesivas.

Set fue avisado que la cena estaba servida y los tres pasaron al comedor.

Capítulo III

UNA EMBOSCADA FALLIDA



URANTE la cena, Sol habló poco y pensó mucho. Aquel misterio le tenía intrigado, pues no se explicaba qué relación podía existir entre el rancho «Loma Alta», la muerte de Arthur Lyons y la venganza de Barry.

Cuando terminaron, hizo una pregunta:

—¿No tienen motivos para sospechar que el asunto proceda de sus vecinos?

—Ninguno. Primero, por tratarse de una mujer; segundo, porque nada tiene que ver con Barry, y tercero, porque el asunto radica de ocho años atrás, y desde que encarcelaron a Barry nada se había producido.

—En efecto, pero si se supiese dónde está Barry se sabrían muchas cosas. Es necesario hacer gestiones para localizar su paradero.

—Ya las ha hecho el *sheriff* sin resultado. Barry cumplió su condena y ya nadie se ha preocupado de él.

—¿Y si estuviese escondido cerca de aquí, solamente al acecho de satisfacer su venganza?

—No digo que no pueda ser así; pero, ¿dónde?

—Eso es lo que se necesita averiguar y yo me voy a encargar de ello. Por lo tanto nadie sabe que estoy aquí ni nadie me conoce. Únicamente esta mañana en una taberna del poblado donde traté de informarme hablé de pedir trabajo como peón. Puedo pasar por uno más del equipo, sin levantar sospechas.

—Tiene usted carta blanca para maniobrar a su gusto.

—Bien; esta noche, cuando sus peones se reúnan, ha de presentarme a ellos como un amigo de ustedes que viene a ayudarles y les advertirá que camparé por mis respetos por los pastos, entrando y saliendo cuando me parezca. Que se fijen bien en mí, no vayan a colocarme un tiro por sorpresa, aunque denunciaré

mi presencia imitando el canto del cuco.

—¿Qué pretende usted?

—Vigilar. Primero, a ver si localizo por dónde se puede filtrar el ganado, y segundo, por si descubro por donde se puede filtrar alguien con siniestros propósitos. Si en verdad existe la intención de acabar con ustedes, quien la posea no se resignará a renunciar a ella porque ustedes se recluyan dentro del rancho.

—Es cierto.

—Por lo tanto esta noche dormiré al aire libre. El río me atrae y voy a ver si trae peces gordos o no.

Cuando poco más tarde apareció el equipo a cenar, los hermanos Lyons hicieron la presentación de Sol en la forma por éste advertida. Todos prometieron respetarle, y el actual capataz del rancho, un muchachote fuerte y macizo, que era sobrino del que anteriormente regentó el equipo, exclamó:

—Si necesita usted ayuda puede contar conmigo. Me llamo Hord Parker y soy el capataz del rancho.

—Gracias, Hord; pero, de momento, prefiero orientarme solitariamente. Un hombre solo llama menos la atención y se evade de la vigilancia mejor que dos.

Cuando el equipo se retiró a descansar, Sol se deslizó del rancho y, a su albedrío, guiándose por la luz de las estrellas, se perdió por los desniveles de los pastos.

No conocía el terreno; pero sabía que, al Norte, caía la siniestra garganta, y al Este, el río en su curva antes de encajonarse entre los farallones.

Vagando al azar, se encaminó hacia el Este. La garganta no le atraía de noche, pues sabía que era una muralla inexpugnable y, en cambio, la parte llana bañada por el río le parecía más apta para ser salvada e intentar el robo de ganado o algún atentado contra sus propietarios.

Cuando tras una larga caminata alcanzó los límites de la hacienda descubrió la franja del río rebrillando como plata oscurecida a la pálida luz de la noche y, acercándose, examinó el terreno.

En algunos sitios, donde el nivel de la tierra se aproximaba al del agua, se elevaba la cerca recia y espinosa; pero ésta aparecía cortada en muchos trechos al surgir desniveles que se elevaban formando muralla.

Se corrió hacia la izquierda y, alcanzando un buen desnivel, echó un vistazo hacia el Norte.

Debido a la elevación, se podía distinguir parte de la hacienda

vecina y, en particular, el rancho que se hallaba construido sobre un altozano. A través de los vanos de las ventanas se observaba luz, y Sol sintió la tentación de saltar la cerca, cruzar el río a nado y penetrar furtivamente en terreno vedado.

Se había quedado en pie con la apagada pipa entre los dientes, contemplando el paisaje que medio se borraba en las sombras de la noche, y de modo mecánico echó a andar hacia el borde del declive, pero al hacerlo no se fijó en un hoyo que se abría ante él y metió el píe derecho, inclinándose bruscamente hacia un lado.

En aquel momento vibró una sorda detonación y su sombrero salió despedido como si se lo hubiese arrancado una mano misteriosa.

Sol, en lugar de incorporarse, se arrojó a tierra, y girando el cuerpo se arrastró hacia el borde contrario con el revólver empuñado. La detonación había partido del interior de los pastos, próximo a la orilla del rio, y el misterioso cazador debía hallarse emboscado por allí cerca. Se asomó con precaución, examinando los pastos, pero no le fue posible descubrir nada. La claridad era muy confusa y, por otra parte, el terreno era accidentado y cubierto de matorrales.

Rabioso y sin saber qué hacer, se arrastró hacia atrás, deslizándose del declive por la parte contraria. Luego, inclinado contra la tierra, se alejó iniciando un rodeo para situarse a espaldas de quién hubiese disparado sobre él.

Se alejó más de sesenta metros, y luego, con la cautela de la liebre, empezó a avanzar buscando los lugares más propicios a emboscarse. Confiaba en que si lograba localizar al misterioso agresor conseguiría descubrir el misterio rápidamente.

Avanzaba conteniendo la respiración, sabiendo que cualquier pequeña imprudencia podía costarle la vida; pero no encontraba huellas de aquel ser fantástico y esto le sumía en la más alta desesperación.

A su izquierda, próximo a la orilla, se destacaba un pequeño alto cubierto de arbustos salvajes. Aquel podía ser un magnífico sitio para emboscarse; pero para registrarle era preciso mostrarse al descubierto, y semejante decisión resultaría una imprudencia temeraria.

Tras un momento de duda, tomó una determinación extrema.

Apuntó al centro del macizo de arbustos y disparó.

Un gemido ahogado le denunció que había acertado, y pegándose a la tierra, avanzó dispuesto a repeler la contestación, si la había; pero con gran sorpresa suya, en lugar de un disparo, captó

el ruido sordo producido por un cuerpo al chocar con el agua.

Raudamente se levantó, corriendo hacia la orilla del río, pero cuando logró alcanzarla la oscuridad de la noche le impidió abarcar toda la corriente para descubrir al fugitivo.

Un rugido de rabia se escapó de su garganta y, no renunciando a su presa, tomó una resolución suicida. Arrojó el revólver a tierra, se despojó de la chaqueta y, sin dudarlo, se arrojó al agua.

Suponía que si el desaparecido se hallaba herido no poseería suficientes fuerzas para nadar con vigor y confiaba en darle alcance antes de que lograse ponerse a salvo.

El agua, debido al relente de la noche, estaba fría, pero Sol nadó con energía para contrarrestar el frío y avanzó raudamente buceando ambas orillas para evitar que su cobarde enemigo pudiese evadírsele.

Había ganado más de doscientos metros, cuando al débil resplandor de una luna oculta tras las montañas le pareció distinguir un bulto oscuro que flotaba sobre el agua a treinta metros por delante de él, y redoblando sus esfuerzos trató de alcanzarle.

Pero un sordo rumor que se agrandaba rápidamente le advirtió que estaba llegando a los farallones que formaban «la garganta del muerto». Allí el agua, al estrecharse, se debatía con violencia, sobre todo debido a lo desigual, tanto del cauce como del fondo.

Aunque había ganado terreno, el bulto aún se hallaba lejano y cuando el recodo se inició bruscamente lo perdió de vista.

Luego, las orillas empezaron a levantarse encerrándole en más oscuridad y el ímpetu de la corriente le obligó a cuidarse de sí más que de su perseguido.

Por fin entró en la parte estrecha de la garganta. Allí la oscuridad era densa y más de una vez estuvo a punto de estrellarse contra las sinuosidades de las paredes, contra las que chocaba el agua rudamente.

Medio cegado por las sucias oleaban que saltaban sobre su cuerpo, sufriendo el hosco vaivén de la corriente y ensordecido por el fragor que aumentaba la estrechez del lugar, se debatió con ahínco, hasta que, poco a poco, el rio se fue enanchando, las paredes se abrieron hacia los lados perdiendo altura, y el rio, con más espacio, empezó a adquirir su marcha normal.

Sol hizo un esfuerzo sacando parte del cuerpo del agua para abarcar el rio por delante de él y con alegría observó que el bulto descubierto seguía flotando por delante de él. Si como sospechaba pertenecía al cuerpo de su agresor, la herida recibida por éste, no debió ser grave al permitirle nadar y remontar aquel peligro.

Nadaba con vigor para alcanzarle, cuando un agudo silbido le puso en guardia. Aquello parecía un aviso y había partido del cauce del río.

Poco después llegó la contestación, y de nuevo, más cerca, vibraron varias modulaciones como si se tratase de un telégrafo de señales.

Sol presintió que el fugitivo llamaba en su auxilio y que algo insospechado se iba a producir y, con los nervios en tensión, se preparó.



Sol se deslizó del rancho

De súbito, las negruras de la noche se vieron rasgadas por los fugaces reflejos de varios disparos. Un macizo de árboles, que avanzaba hacia la orilla, debía ocultar a los tiradores.

Las llamitas rojas y azules de los *colts*, al ser disparados, parecían bucear la corriente del río. Sol sintió clavarse las balas en el agua cerca de él, produciendo un silbido extraño, y de manera inconsciente se sumergió, nadando entre dos aguas.

Apurando el aire de sus pulmones se mantuvo bajo la corriente cuanto pudo. Luego, de un talonazo, se elevó, sacó la cabeza, aspiró ansiosamente el aire y volvió a dejarse ir al fondo cuando de nuevo rasgaban sus oídos más detonaciones a su espalda.

Repitiendo la operación varias veces se alejó de la zona de peligro, y, cuando consideró que no podía ser alcanzado, salió a flote, echando un vistazo en derredor.

Ahora ya no distinguía el bulto negro que tan codiciosamente había perseguido. Debía haber quedado atrás ayudado por alguien que vigilaba preparado por si el atentado se frustraba y el agresor se veía obligado a emprender la huida corriente abajo.

Cansado y aterido, buscó un lugar bajo donde abandonar el agua, y encontrando un sauce, se aferró a él y consiguió, entre fango y agua, saltar a tierra.

Se hallaba desorientado, sin conocer el lugar, y tuvo que recorrer un buen espacio de terreno para, por fin, distinguir desde lo alto de un declive que se erguía alejándose del río la cerca espinosa del rancho de los Lyons.

Por un momento tuvo intención de volver a cruzar el río y recorrer la orilla contraria en busca de los emboscados, pero desistió. Estaba cansado, chorreante, carecía de armas, e ignoraba el número de enemigos con que podía enfrentarse; pero se prometió volver a verificar un registro que acaso le facilitase alguna huella a seguir.

Lentamente se dirigió de nuevo al rancho por su entrada principal. Había dado la vuelta completa a la hacienda a través del río y regresaba a ella por la parte contraria a la que salió.

Cuando se detuvo ante la puerta, llamando, el mismo peón que le recibiera por primera vez salió a recibirle y, al reconocerle, gruñó:

—¡Por el infierno!... ¿Por dónde ha salido usted y cómo vuelve por aquí?

—El demonio que lo sepa, amigo. Salí con intención de contemplar la luna y me he visto obligado a tomar un buen baño con acompañamiento de artillería. Algún día devolveré el festejo a alguien.

Siguió la senda enarenada con intención de retirarse a la habitación que le habían destinado, pero al observar luz en el despacho de los Lyons penetró en él.

Set, que velaba trabajando en sus libros, le contempló con asombro y preguntó:

—¿Acostumbra usted a bañarse con el chaleco puesto?

—Algunas veces, como esta noche, sí, y bien sabe Dios que si no me ha sabido el baño a plomo, fue porque esos coyotes no deben saber para qué sirve un *colt* en la mano.

Acosado por el joven, dio cuenta de su odisea de aquella noche, y Set, cada vez más intranquilo, repuso:

—Esto me hace suponer que, si se trata de Berry, no actúa solo. Se ve que todo estaba previsto para un posible fracaso.

—Eso he sospechado, pero yo me pregunto si hay por aquí lugares propicios para ocultar a una cuadrilla sin que nadie se dé cuenta de ello.

—Muchos no, casi diríamos que ninguno. Los montes más próximos están a varias

millas de aquí. Claro es que, hasta en nuestros propios terrenos, podría esconderse alguien. Los pastos son enormes, hay lugares muy quebrados, pero eso es muy expuesto y, sobre todo, ¿cómo se pueden proveer de alimentos en el caso que lograsen filtrarse aquí?

—Sí; todo esto es muy extraño y... quisiera saber a quién pertenece el terreno desde donde fui tiroteado.

—Pues de no pertenecer a una faja neutral que nuestro vecino dejó sin acotar por improductiva, tiene que pertenecer al rancho de Violeta Clayton.

—Lo averiguaré. Mañana, a pleno día, voy a darme una vuelta por los alrededores de «la garganta del muerto». El lugar está situado a la salida de los farallones.

Set, al verle tiritando, dijo:

—Vaya a cambiar de ropa, tome un baño caliente, si así lo cree conveniente, y acuéstese. Voy a mandar que vigilen por la parte baja del río, por si acaso.

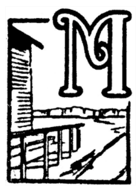
—No creo que esta noche intenten ya nada. Se han dado cuenta que no estamos dormidos y no tratarán de repetir la suerte.

—¡Quién sabe!... ¡Precisamente lo que menos se sospecha que suceda es lo más fácil de intentar!

Sol se retiró a su habitación, se cambió de ropa interior y se metió en el lecho, quedando dormido rápidamente.

Capítulo IV

UN RECIBIMIENTO POCO ENTUSIASTA



UY de mañana se levantó Sol, y tras embutirse en un traje que le prestó el capataz, se apresuró a desayunar.

Luego tomó dos revólveres que llevaba siempre de repuesto, pues uno lo había dejado perdido en los pastos, y cuando se disponía a salir, Set le llamó desde la ventana de su dormitorio:

—¡Eh! ¡Sol!... ¿Dónde diablos va usted tan temprano?

—Voy a ojear codornices—dijo sonriendo—. Quiero probar suerte a ver si descubro el rastro de anoche antes de que se den cuenta y lo borren.

—Espere, no vaya solo. Podían atentar de nuevo contra usted.

—Voy sobre aviso.

—No importa. Siempre el verle con compañía...

—No; prefiero ir solo.

—Bien; pero deje que mande a alguien que se pasee un poco a distancia. Si oyese disparos, podría intervenir.

—Bueno. Mande si quiere, pero le prohíbo que se dé a ver por la orilla del río.

Se alejó a caballo, mientras Set llamaba a uno de sus peones de confianza y le daba órdenes de seguir a Sol, pero sin acercarse a él más que en caso de alarma.

«El Vengador» siguió la cerca adelante hasta alcanzar el rio. Ya allí derivó a la derecha y siguió caminando hasta situarse en el lugar aproximado por donde habla salido del agua.

Al otro lado se extendía un terreno terroso, de poca hierba, pero cubierto de espesos árboles. Más arriba debía hallarse el lugar donde había sido atacado.

Con decisión, lanzó a «Stard» a la corriente y el caballo cruzó al otro lado hasta poner los cascos en tierra.

Lentamente, buceando a su alrededor por miedo a una emboscada, continuó caminando al borde de la orilla. Llevaba el revólver en la mano, descansando sobre la silla, y tan pronto

clavaba la mirada en el húmedo terreno como oteaba por entre los árboles sin descubrir a nadie. Por fin, se detuvo y descendió del caballo. Acababa de descubrir sobre la tierra blanda huellas confusas que para un hombre como él, avezado al rastreo, le decían que por allí había pisado gente no hacía muchas horas.

Con los ojos relucientes de alegría, tomó a «Stard» de las bridas y siguió hacia adelante entre los robles hasta alcanzar una alambrada que, formando dibujos caprichosos, se cruzaba por entre los troncos.

Se disponía a acercarse a ella cuando una voz ruda advirtió, al tiempo que por detrás de un añoso tronco surgía un individuo armado de rifle:

—¡Eh, amigo!... ¿Qué se le ha perdido por aquí?

Sol se envaró y echó un profundo vistazo al recién surgido. Algo confuso se dijo que había visto en alguna parte aquel rostro y, sobre todo, aquel pañuelo amarillo con lunares azules que lucía al cuello, pero de momento no pudo precisar dónde.

Se detuvo y contestó con humorismo:

—Estoy siguiendo el rastro de una liebre, ¿hay algún mal en ello?

—No, mientras el rastro se aleje de esta alambrada. Si la salva, entonces...

—¿Debo renunciar a cobrar la pieza?

—Eso me temo. Al menos mientras yo esté aquí para evitarlo.

—¿A quién pertenece este terreno?—preguntó Sol bruscamente.

—¿Es usted novato aquí?

—Eso parece.

—¡Ya!... Pues de la orilla del rio hasta la alambrada puede ser de usted si nadie se lo disputa. De la alambrada para dentro, de la señorita Violeta Clayton.

—Me han dicho que es una señorita muy bella.

—¿Tiene eso algo que ver con la liebre que se le ha perdido?—preguntó bruscamente el peón.

—Quizá sí, porque da la casualidad de que esa liebre se ha introducido en su hacienda y me pertenece.

—Va a ser muy difícil reconocerla, amigo. Todas las liebres se parecen y como no son propiedad exclusiva de nadie...

—Esta sí. Esta es mía. ¿Me permite que pase?

El peón levantó el rifle y contestó secamente:

—En este rancho no se entra más que por la puerta y con permiso de su dueña.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—Me alegro que sea así, porque... Bien, voy a entrar por la puerta principal para ver a su dueña.

El peón se quedó mirándole fijamente y repuso:

—Me temo que ande usted un buen rato en balde. La señorita Clayton no recibe más que a sus amistades.

—Eso ya no es misión de usted. La suya es vigilar aquí y evitar que nadie pase sin derecho. Si cree haber cumplido su misión, está usted despachado.

Sol medio le volvió la espalda para montar a caballo; pero mirándole de reojo, y así pudo captar un gesto agresivo en el peón.

Volviéndose bruscamente, preguntó:

—¿Sabe usted manejar bien ese cacharro?

—No sería usted capaz de ponerse a veinte metros de su boca.

—No; pero ¿ve usted aquel cuclillo?

Sol señaló a uno que, erguido sobre una piedra a unos veinte metros de allí, acechaba el agua, sin duda, con la esperanza de poder pescar un pez.

—Sí—repuso el peón.

No había acabado de hacer la afirmación cuando vibró un disparo, y el pájaro, destrozado por la bala, se había convertido en una masa de plumas sangrientas.

—¿Haría usted eso tan rápido y tan seguro?

El peón se quedó con la boca abierta y no contestó. No sabía qué admirar más del intruso: si la maravillosa puntería o la rapidez con que había sacado el arma para disparar.

Sol, sin esperar la tardía respuesta, montó de un salto en «Stard» y exclamó:

—Esto es un aviso contra las malas tentaciones. Adiós, amigo. ¡Ya nos veremos otra vez!

Y desapareció orilla abajo, seguro de que la sorpresa y el respeto habían paralizado las posibles intenciones agresivas del peón.

Sol se alejó preocupado. La actitud de aquel sujeto no le parecía clara, pero el hecho de que afirmara que aquel terreno no pertenecía al rancho le desorientaba.

Para él estaba claro que allí mismo se habían reunido los que dispararan contra él; pero si era terreno libre no podía culpar a la gente del rancho.

Sin embargo, le parecía que las huellas se perdían entre la alambrada, y si habían buscado refugio allí, o pertenecían al rancho, cosa que no le parecía lógica, o lo habían hecho sabiendo que nadie les iba a estorbar desaparecer a través de los pastos.

Cabía la posibilidad de que algunos peones se dedicasen al abigeo por propia cuenta y se amparasen en su empleo en el rancho para encubrir su delito. No era el primer caso y tenía que ponerlo en claro.

Para ello hablaría con Violeta, quisiera o no quisiera escucharle. Si era una mujer sensata, trataría de averiguar si su rancho servía de guardia a abigeos encubiertos, y si no lo era…

Siguió una senda abierta entre el yuyo que serpenteaba rodeada de árboles de grata sombra, y tras una buena jornada alcanzó otra senda transversal que ascendía hasta una poderosa cerca construida con gruesas ramas de árbol.

Al fondo, por entre el burdo enrejado que formaba la empalizada, se entreveía el porche del rancho sombreado por tupidas enredaderas que se enroscaban a los soportes de hierro, y antes de llegar a él descubríase, casi a flor de tierra, un diminuto estanque, en el que dos patos gruñones se agitaban moviendo aristocráticamente su albo plumaje.

Cuando Sol detuvo el caballo ante la puerta de la cerca un peón alto y robusto, balanceando enfáticamente su enorme *colt*, entreabrió la puerta, preguntando fríamente:

—¿Qué deseaba?

—Quería tratar de un asunto importante con la señorita Violeta.

El peón hizo ademán de cerrar la puerta; pero Sol adelantó un pie, impidiéndoselo.

—La señora no recibe visitas—afirmó el peón frunciendo el entrecejo y mirando a Sol insolentemente.

«El Vengador», extremando su paciencia, repuso:

—Usted no es quién para prejuzgar lo que su señora puede hacer o no. Dígale que vengo de parte de su vecino Set Lyons, y que lo que tengo que tratar con ella es muy interesante.

El peón, tozudo y agresivo, repuso:

—Le he dicho que la señora no recibe visitas y espero que no me obligue a decírselo de manera que tenga que recordarlo toda la vida.

Mientras el peón discutía en voz alta, Sol distinguió una silueta femenina que acababa de surgir del porche, la cual, al oír las voces de su peón, se quedó erguida junto al pequeño estanque, esperando el final de aquella tirante discusión.

Sol, al verla y sentirse así amenazado, estiró rápidamente el puño que chocó con el mentón del agresivo vaquero, y éste, tras lanzar un ¡oh! intraducible, rebotó de espaldas para caer todo lo largo que era a tres metros de la puerta.

Sol, audaz, se adelantó rápidamente hacia la joven y, destocando su cabeza, suplicó:

—Señora, usted me perdonará la ligereza de manos, pero… nadie me ha amenazado impunemente en la vida sin que yo le haya dado la respuesta obligada.

Ella le contempló tensa y exclamó con voz altiva:

—No acostumbro a recibir visitas que no he citado y menos a quien se presenta en mi casa con aires de matón.

—Perdone, señora; me presenté con toda corrección, rogué a su peón que le pasase recado de que suplicaba una entrevista y me amenazó como usted ha oído. Dígame quién fue el matón en este caso.

—Bien; no quiero discutir. Me urge soslayar esta situación por su propio bien. Podrían acudir los compañeros del caído y pasarlo usted mal.

—Quizá. También podía suceder lo contrario. Pero dejando eso, debo insistir. Deseo hablarle en nombre de sus vecinos los hermanos Lyons.

—Bien, pero si ellos tienen que decirme algo, no creo que se rebajen visitándome en persona. Me merezco algo más que mandarme un simple peón como embajador.

Sol se sintió insultado ante el tono despectivo de la joven, y orgulloso, dando al olvido sus propios proyectos de incógnito, se irguió exclamando:

—Señora, no soy un peón de los Lyons ni de nadie. Me llamo Sol King, la gente ha dado en llamarme «el Vengador» y tengo una personalidad tan acusada en todo el Oeste que todas las personas decentes y con la conciencia tranquila, no sólo no desdeñan recibirme y tratarme con cortesía, sino que se sienten muy honradas con ello.

Los duros rasgos de la joven cambiaron súbitamente al oír el nombre de «el Vengador». Sin que éste pudiera leer en ellos la causa de la reacción ni el efecto producido, se volvió y señalando el porche, dijo:

—Bien, siendo así, no quiero que me juzgue usted como persona falta de decencia o con la conciencia poco limpia. Haga el favor de pasar.

Sol sonrió con énfasis. Había sabido devolver las ironías y altiveces a aquella joven fría y orgullosa, cuyo carácter no acertaba a comprender.

Violeta, antes de cruzar el porche, se llevó un silbato a los labios, haciéndole vibrar. Un peón apareció a los pocos momentos

del interior del rancho.

—Recoge a tu compañero que está tumbado en la puerta y llévalo al pilón para que se refresque. Dile a Gish, mi capataz, que cuando vuelva en sí, le pague y le despida. Hombres que se dejen pegar delante de mí no sirven para mi rancho. ¡Ah!... Adviértele que tengo una visita en nombre de nuestros vecinos y que no debe molestarme hasta que termine.

El peón desapareció raudamente y Sol se preguntó de qué clase de acero estaría hecha aquella mujer para gobernar un rancho con la dureza y autoridad que ella lo gobernaba.

Violeta le hizo pasar a un saloncito adornado con bastante gusto e, indicándole una silla, exclamó:

—Puede sentarse, si lo estima más cómodo. Estoy preparada para escucharle.

Sol se mostraba ya arrepentido del paso dado. Creía que iba a encontrar más cordialidad en aquella casa y se le recibía tan hostilmente como a un enemigo, aceptando la entrevista por pura fórmula y quizá por el prestigio un poco siniestro de su nombre.

Pero tomando la decisión de poner su juego sobre la mesa, dijo:

—Seré breve, señora, puesto que observo en esta casa una cordialidad que parece dimanada de su negra leyenda. Debo advertir que, si me he decidido a esta visita ha sido porque es usted una mujer y entendía que por su sexo debía evitarle complicaciones molestas y aún trágicas.

—Sigo sin entenderle—afirmó ella con calma.

—Me entenderá muy pronto. Supongo que usted no desconocerá la historia que liga siniestramente este rancho con el de sus vecinos.

—No. No la desconozco, porque se han cuidado de contármela; pero, fuera de eso, nada me interesa.

—Conformes. Nada le interesaría si la vecindad no se prestase a ciertas complicaciones molestas que yo he venido a tratar de evitar. Durante ocho años la vida aquí se ha desarrollado mansa y tranquila. Preso el primitivo propietario y purgando su cobarde delito, nada ha turbado la vida en el poblado ni en los ranchos vecinos; pero coincidiendo con la fecha en que Barry debió ser licenciado de presidio ha vuelto a surgir el fantasma del crimen y una nueva víctima ha caído sin saberse cómo.

—¿No será porque el fantasma del antiguo propietario vaga por el rancho para buscar venganza?

—Los fantasmas que saben manejar *colts* o rifles no se evaporan en el aire. Este fantasma es de carne y hueso y persigue una misión siniestra.

—Aunque así sea, ¿qué tengo yo que ver con ello?

—Directamente, nada; pero quiero informar a usted de lo que sucede. Yo he venido a acabar con ese fantasma, sea de carne o de espíritu, y acabaré. Anoche, vigilando los pastos, «el fantasma» disparó sobre mí estando a punto de suprimirme.

Tuve suerte y hasta logré tocarle a ciegas con mis armas, pero pudo evadirse arrojándose al río. Decidido a capturarle, me arrojé tras él y le perseguí en la oscuridad de la noche hasta más allá de «la garganta del muerto». Hubiese logrado atraparle si él no hubiese contado con ayuda. Alguien, presumiendo el fracaso, le esperaba a la orilla del rio y, cuando pasé, dispararon sobre mí, evitando la muerte al sumergirme dentro del río. Esta mañana he buscado las huellas de los que dispararon y he descubierto que éstas, después de atravesar la faja de tierra neutra del Kanab, se dirigían a las alambradas que cercan sus pastos.

—¿Qué más?—preguntó ella despectiva.

—Poco más. Si es usted lo lista que supongo, habrá comprendido que mis agresores se internaron en sus pastos.

—¿Quiere usted decir algo más que lo que ha dicho?

—De momento no tengo motivos para más.

—Pues bien, le diré que ignoro si esto ha podido suceder; pero aunque así hubiese sido, han podido saltar las alambradas y luego volver sobre sus pasos y huir si se creían en peligro. Supongo que no irá usted a insinuar que se trata de gente de mi rancho.

—No puedo decir que sí ni que no. Usted debe saber que, en muchos ranchos, los peones no son ángeles. Si no pueden robarles reses a sus patrones, se las roban al vecino, y esto, mientras no se sabe, no se puede evitar.

—Justamente; pero yo sé que mi gente es honrada. La traje conmigo precisamente por eso y no puedo sospechar de ella.

—¿Ni sospechar que puedan proteger a alguien interesado en suprimir a la familia Lyons?

—Mucho menos. ¿Qué tienen ellos que ver con los viejos pleitos de unos y de otros?

—No lo sé, y es lo que trato de averiguar. Busco la pista de los asesinos y no cejaré hasta hallarla. Vine aquí con la ilusión de que usted entendiese la gravedad del caso y me prestase facilidades para evitar dos muertes inocentes.

—¿Qué pinto yo en esto y qué facilidades puedo dar?

—La de dejarme seguir esa pista dentro de sus pastos. En nada puedo perjudicarle con la pretensión.

—Claro que en nada; pero eso significa un insulto para mí o

para mi gente, que, sin pruebas, no puedo admitir. Todo lo que puedo hacer es pedirle a mi capataz que busque a ver qué encuentra, y si éste hallara algo, en ese caso creo que él se bastaría para detener o hacer huir a los que se ocultasen en mi hacienda, aunque juzgo imposible que esto pueda suceder.

Sol comprendió que nada iba a conseguir de aquella mujer dominante y orgullosa; y molesto, se levantó, diciendo;

—Bien, observo que no está dispuesta a secundarme. Es la primera vez que esto me sucede y... lamentaría que sucesos posteriores me obligasen a entrometerme en sus tierras con o sin la anuencia de usted.

—¡Phss!... Eso es muy peligroso, señor King.

—Ya lo sé, pero otras cosas de mucho más peligro he llevado a cabo sin asustarme. Lamento haberla distraído y espero que disculpe mis arrebatos.

—De nada. Siento que no me entienda, pero yo soy así. Me gusta la independencia y que nadie se entremezcle en mis cosas. De todas formas, si algo descubriesen le prometo variar de modo de pensar y darle facilidades.

Sol abandonó el rancho poseído de una rabia sorda. No acertaba a comprender el carácter de su dueña ni aquel desdén por un asunto en el que se jugaban unas cuantas vidas.

Un sexto sentido le ponía en guardia contra ella y su hacienda. Tenía que hacer averiguaciones para comprobar si dentro de aquel recinto acotado se jugaba limpio o, si por el contrario, existía algo sucio que pudiera ligarse con la misión que se había impuesto.

Al salir echó una ojeada furtiva a ambos lados. Poco fue lo que pudo abarcar; pero acertó a distinguir al peón que no le dejó saltar la alambrada, con un rifle en la mano, y algo más lejos, entre los árboles que medio le ocultaban, una figura grande y maciza, con el pelo canoso y unas grandes y descuidadas barbas blancas, y se dijo que aquel debía ser el misterioso capataz que parecía estar vigilando, no muy tranquilo de la presencia de aquel intruso.

Sol se dirigió directamente al rancho de los Lyons, a los que dio cuenta de sus descubrimientos y de la visita hecha a Violeta Clayton, y los dos hermanos se manifestaron tan extrañados e intrigados como él.

Set afirmó:

—No me lo explico. No hemos tenido con ella trato alguno ni para bien ni para mal. Por otra parte, si no supiese que su hacienda es valiosa creería que se dedicaban al abigeo y por eso se muestran reacios a todo control dentro de sus pastos. Pero esto es absurdo.

—Habrá que comprobarlo—aseguró Sol—. Yo no soy de los que se conforman con ambigüedades ni repulsas. Un día entraré en sus pastos y entonces…

Capítulo V

UNA AYUDA INESPERADA



OCO después de ausentarse Sol del rancho «Loma Alta», su dueña hizo llamar a Gish, su capataz, con el que estuvo encerrada un buen rato, sin que nadie supiese lo que habían tratado. Cuando Gish abandonó el rancho se dirigió al lugar donde yacía aún sin sentido el sujeto a quien Sol golpeara de manera tan contundente y, ayudado por un peón, le sumergió varias veces en un pilón de fría agua, hasta que consiguió hacerle reaccionar.

Cuando el golpeado estuvo en condiciones de darse cuenta de su situación, Gish, con voz ronca y frío acento, le dijo:

—Raines, cuando estés en condiciones de montar a caballo sube a la silla y lárgate. Aquí tienes tu sueldo de este mes.

Raines, asombrado, preguntó:

—¿Qué he hecho yo para que me despidan así?

—Pregúntatelo a ti mismo. La señora está muy disgustada con tu conducta. Dice que los peones que se dejan golpear delante de ella, no le sirven.

—¡Pero si me agredió por sorpresa!...

—No. Cuando un hombre amenaza a otro de repetirle una cosa de modo que no lo olvide, no existe sorpresa en una posible contestación. Si se hubiese tratado de un salteador o ladrón, tu conducta hubiese expuesto a la señora a ser víctima de ese tipo. Tú te lo has ganado.

El peón, furioso, rugió:

—Pues bien. Yo le juro que me las ha de pagar. A mí me habrá hecho perder el empleo, pero a él le costará la vida.

El capataz pareció dudar un momento y luego exclamó:

—Escucha, Raines. Me sabe mal que dejes de pertenecer al equipo. No eres mal peón y has demostrado lealtad a la casa, pero... Ya conoces al ama. En fin; creo que podré hacer algo por ti y conseguir tu restitución al equipo, si realmente estás dispuesto a borrar lo pasado.

—Bien, Gish; hable y no se ande con rodeos.

—No te aseguro nada, pero puede ser posible. Escucha…

En voz baja, estuvo hablando con él un buen rato. Cuando terminó la conversación, el peón aseguró:

—Delo usted por hecho y muchas gracias.

El peón, más despabilado, tomó su paga, montó a caballo y desapareció del rancho, quedando éste en completa calma. Sol, por su parte, pasó aquel día dentro del rancho de los Lyons, recorriéndole de arriba abajo y haciéndose cargo de su topografía y de los lugares que se mostraban más fáciles de ser violados.

También dedicó atención preferente a los pastos vecinos y estudió sus puntos débiles. Estaba decidido a penetrar en ellos contra viento y marea y quería asegurarse antes de correr un riesgo inútil.

Esperaba con impaciencia la noche para llevar a cabo su plan, cuando sufrió una impresión de asombro al serle comunicado que un peón del rancho «Loma Alta» quería hablar con él de parte de su dueña.

Sol le recibió en la puerta y el peón se limitó a decir:

—Vengo de parte de la señorita Violeta a comunicarle que ha podido comprobar algo de lo que le dijo usted esta mañana y desearía hablar con usted, si no tiene inconveniente en visitarla.

Sol despidió al peón, diciendo:

—Dile que ninguno. Dentro de un rato estaré allí.

Dio cuenta a los dos hermanos del aviso de Violeta, y Set, desconfiado, exclamó:

—Tenga cuidado, Sol. No me huele bien esto.

—¿Por qué no? Acaso lo ha pensado mejor y si, en efecto, sus peones han descubierto las huellas que yo descubrí, habrá tenido miedo de que se guarezcan en sus pastos individuos indeseables y tendrá tanto interés cómo nosotros en descubrirlos.

—¡Ojalá sea así!… Quizá yo esté influenciado por todo lo que se relaciona con esas tierras. De todas formas voy a enviar detrás de usted dos peones que le esperen a la salida. Sería estúpido caer en una emboscada tan simple por propia candidez.

Sol no se opuso. Estaba seguro de que nada le podía suceder, pero quería dejar tranquilos a los dos hermanos.

Poco más tarde llegaba al rancho «Loma Alta», donde no le pusieron dificultades para entrar.

Violeta, al parecer más humanizada, le recibió en el acto, diciendo:

—Sospecho que antes salió usted de aquí mal impresionado del

recibimiento que le hice. Yo poseo un carácter muy retraído, poco amigo de complicaciones y menos amigo de visitas, y no puedo dominarlo. Vivo aquí porque entendí que éste era un retiro ideal para que nadie me molestase, y el romper los moldes me saca de mi ecuanimidad. Perdone.

—De nada, señora. No he tratado de mezclarme para nada en su vida privada, que soy el primero en respetar. No obstante, usted debe darse cuenta de mi misión. La vida de dos hombres que no han hecho mal a nadie está en peligro y mi deber es velar por ella. Usted dirá que es lo que tenía que comunicarme.

—Pues, simplemente, que di orden de registrar el terreno por donde usted indicó que suponía se habían internado sus agresores y que, en efecto, mis hombres localizaron las huellas de su paso. Han verificado un registro superficial sin descubrir a nadie, pero sospechan que, si se han podido internar en mis pastos, sólo pueden esconderse, o filtrarse en ellos por las cortadas que hay al Norte y que cierran los pastos por esa parle.

—Gracias por su interés. ¿Tiene usted algún plan concebido?

—Ninguno. Me limito a avisarle del descubrimiento.

—¿Le ha desaparecido a usted ganado?

—No. Porque el hecho de perder tres o cuatro reses no significa desaparición.

—En efecto. Una res o dos se extravían solas. ¿Qué estima usted que se puede hacer para asegurarse de que se esconden o no allí?

—Yo nada. Usted tiene la palabra por ser a quien hasta ahora han tratado de perjudicar.

—Pues bien, no sé si le será grata mi propuesta, pero no encuentro otra. Permítame que haga yo un registro por esos lugares. Recabo para mí el peligro y a nadie de su hacienda le obligaré a correrlo conmigo.

—Muy bien. Le autorizo a usted para ello.

—¿Puedo quedarme esta noche?

—Sin inconveniente alguno. Yo advertiré a mis hombres que no pasen para nada de determinado lugar, y usted queda en libertad de registrar aquella parte, bien entendido que puede disparar sin escrúpulos sobre quien descubra por allí, seguro de que no serán ninguno de mis peones.

—Muchas gracias, señora. Me agradaría dejar liquidado este asunto rápidamente para no producirle más molestias.

—Ninguna, cuando hay razón para ello.

—En ese caso, permítame que vuelva al rancho «Bar 6» a pertrecharme para la búsqueda. Dentro de una hora, lo más tarde,

estoy aquí.



Violeta, al parecer más humanizada...

Sol abandonó la hacienda, más tranquilo. La actitud de Violeta había cambiado mucho y aunque le extrañaba las rarezas y la misantropía de aquella joven, bella y rica, que en plena edad de disfrutar de la vida se encerraba en aquel aislamiento, no desechaba que pudiese existir alguna causa justificada en su vida que le moviese a ello. Regresó al rancho en unión de los peones que le esperaban a poca distancia y dio cuenta a los Lyons de lo tratado con Violeta.

Set, siempre desconfiado, insinuó:

—¿No se tratará de tenderle un lazo?

—¿Por qué causa, Set?

—No sé. Son presentimientos. ¿Y si en ese rancho radicase todo? Pueden ser ladrones de ganado y no convenirles que nadie meta la nariz en su coto.

—Podría ser, no lo desecho, pero voy preparado contra unos y contra otros. Ya veremos quién es el que da la cara.

—¿Por qué no se lleva a algún peón?

—Porque parecería desconfianza en ellos y poca confianza en mí. El permiso es para que yo investigue nada más.

—Bien, no puedo oponerme a su decisión, pero sentiría...

—No sienta nada; pero tampoco descuide su vigilancia personal; podría suceder algo aquí mientras yo me encuentro al otro lado.

Preparó sus revólveres, se proveyó de proyectiles, y a pie, pues estimaba que el caballo podría denunciarle a sus enemigos, se dirigió al rancho de Violeta.

Cuando llegó, el peón que le había cortado el paso en las alambradas salió a recibirle.

—Tengo orden de la señora de acompañarle hasta el lugar desde donde puede usted disponer del terreno a su antojo. Sígame.

Sol volvió a examinar al peón. Seguía obsesionado con el pañuelo amarillo de lunares y no pudiendo refrenar su curiosidad, preguntó:

—¿Dónde diablos le he visto yo a usted antes de ahora?

—No siendo en presidio, en cualquier parte del Oeste—repuso zumbón el aludido.

—No estaría yo muy seguro de que no hubiese sido en ese lugar que tanto miedo le produce—repuso Sol en el mismo tono.

—No es miedo. Es que nunca estuve allí.

—No desespere, que todo se puede andar...

El peón caminó delante de Sol por un terreno ondulado, pero de pastos magníficos. Lejos, se oía el mugir del ganado reunido en algún lugar de los pastos.

El peón señaló a su izquierda,

—No se meta por allí equivocadamente. Tres mil pares de cuernos podían oponerse, a su paseo.

—Gracias por el consejo, que tendré en cuenta.

Siguieron caminando por entre hondonadas y pequeños desmontes. El terreno, desigual y amplio, se dilataba de modo infinito. Algunos árboles se erguían como fantasmas bajo el beso lunar, y más que en un coto cerrado, parecían perdidos en pleno campo.

Poco a poco, el terreno se fue haciendo árido. Los pastos desaparecían para dejar la tierra arenosa y pelada, y cuando llegaron a este límite, el peón se detuvo, diciendo:

—Le dejo, forastero. De aquí en adelante es usted el amo de la tierra.

—Un momento; ¿hacia dónde caen las alambradas?

—A su derecha, pero no se meta allí, que sería peligroso. Alguien guarda esta noche el río y podrían darle un tiro. Las huellas de ayer siguen en aquella dirección.

Y señalaba una oscura línea que se alzaba lejos, frente a ellos.

—Gracias. Hasta mañana.

Se iban a separar, cuando Sol, llamándole, dijo:

—Un momento. Ya he recordado donde le he visto a usted.

El peón pareció hacer un movimiento sospechoso de desconfianza poniéndose en guardia, y Sol, riendo dijo:

—No se alarme, que no ha llegado la hora de los tiros. Le he visto... ¡en el infierno!

Al peón no le hizo gracia la broma, pero sonrió forzadamente y contestó con ironía:

—Bien, cuando volvamos a encontrarnos allí dentro de poco ya me fijaré un poco más en usted.

Y desapareció de allí, perdiéndose en las sombras de la noche.

Sol sonrió humorísticamente al ponderar el recelo del peón. Indudablemente no tenía la conciencia muy tranquila, pues ahora recordaba que le había visto cenando en la taberna de Glendale la noche que habló con el tabernero.

El encuentro no tenía nada de particular, pero sí el recelo del peón, y Sol tomó nota de ello, pues era harto significativo.

Cuando se vio a solas, estuvo tentado de contravenir el aviso y torcer hacia las alambradas, pero el temor a ser recibido a tiros le contuvo.

De momento le habían tendido una barrera que era peligroso saltar y debía atenerse al terreno libre, Más tarde, si surgían sucesos que lo requiriesen, podía saltársela a su riesgo, ampliando el campo de investigaciones.

Cautamente siguió avanzando hacia la línea sinuosa que se alzaba a un cuarto de milla. Había dado de lado todas las demás preocupaciones para reconcentrarse en la tarea que iba a emprender.

Una luna clara brillaba algo baja en el cielo, permitiendo distinguir el paisaje a una distancia prudencial, y a Sol le disgustó tanta luz, pues le iba a ser difícil ocultar su presencia hasta que alcanzase los desmontes y pudiese ampararse en su sombra.

Con las armas empuñadas, siguió ganando terreno; éste no se prestaba a emboscadas y sólo debía preocuparse del que tenía enfrente.

Sin incidente alguno alcanzó las primeras depresiones, y satisfecho de haber salvado aquella zona peligrosa, se dispuso a proceder a un registro minucioso de todos los recovecos que podían existir.

Con el silencioso paso que emplearía un jaguar para perseguir su presa, así se deslizó por los barrancos y trochas que podían conducir a lugares propicios al escondite, pero sus gestiones amenazaban con morir de modo infructuoso.

Gradualmente fue ascendiendo por los desmontes, registrándoles

desde arriba inútilmente. Aquello era un lugar desolado, en el que no se descubría huella de alma viviente.

En último término se alzaba un enorme talud, en el que morían las depresiones que bajaban hasta los pastos. Más allá debía hallarse el terreno abierto que conducía hasta el bosque.

Toda la pared del talud, que ascendía en suave cuesta, se hallaba cubierta de árboles centenarios de retorcidas ramas y espesa hojarasca. Eran árboles trepadores que se inclinaban hacia atrás para mantenerse erguidos en la cuesta, como si temiesen despeñarse al fondo del barranco.

Había alcanzado la falda del talud y se disponía a trepar arriba cuando una detonación que partió de lo alto del talud le obligó a arrojarse a tierra rápidamente, pegándose a ella, mientras levantaba la cabeza para repeler la agresión.

Pero su asombro fue infinito cuando vio agitarse violentamente las ramas de uno de los espesos árboles que se erguían en la cuesta y desprenderse de él algo que, al caer a tierra, bajó rodando grotescamente hasta detenerse a pocos metros de donde se hallaba.

Sol no tuvo que hacer esfuerzo alguno para reconocer que lo que había rodado era un hombre; pero por la trágica postura en que había quedado no necesitaba reconocerle para comprobar que estaba muerto.

Atónito, levantó la vista y algo que le conmovió hondamente se recostó en el borde del talud sobre el fondo azul intenso del cielo.

Era la inmóvil silueta de un jinete, negro como la noche, montado sobre un caballo tan negro como él. El jinete, que empuñaba aún el revólver en la mano, levantó el brazo en un gesto amistoso de despedida, y antes de que Sol tuviera tiempo a dar un grito, ni menos a intentar el ascenso del talud, había desaparecido.

Sol, atento a la realidad tangible, avanzó hacia el caído y al examinarle quedó asombrado. Se trataba del peón a quien había dejado sin sentido a la puerta del rancho, cuando aquella mañana le había amenazado neciamente.

Sol se quedó perplejo ante el descubrimiento. ¿Qué conexión tendría aquel individuo con los que el día anterior le tirotearan en el río? Aquellos eran varios y éste uno aislado, que nada parecía tener que relacionarse con el resto.

¿Por qué se hallaba allí emboscado? ¿Cómo sabía que él tenía que ir a aquellos lugares y se encontraba esperándole? Sol había escuchado la voz tajante de Violeta dando orden de despedirle de modo inflexible cuando volviera en sí y si esto había sucedido su presencia en los desmontes no parecía cosa clara.

La cosa tenía todo el aspecto de una venganza personal. Sol la admitía como lógica, pero no en aquellos lugares, sino en sitios donde podía salirle al encuentro con seguridad de cazarle.

Su presencia allí no estaba clara, y Sol empezó a sospechar si habría caído en una trampa sutil, de la que había escapado gracias a la providencial ayuda del jinete fantasma.

Tomó el cadáver y arrastrándole hacia un barranco lo cubrió con hojas y grama para ocultarlo a cualquier registro.

Tenía que hacer ciertas gestiones y necesitaba aquel cadáver como una prueba que no podía desaparecer.

Ahora estaba seguro de que por allí no se escondía nadie más. La presencia del jinete fantasma, su actuación decisiva librándole de una muerte por sorpresa, y su ausencia inmediata así se lo hacían entender.

Se disponía a retroceder cuando detonaciones relativamente cercanas le envararon. Estas detonaciones procedían del lado derecho, precisamente de aquel en que estaba enclavado el rancho de los Lyons.

Sobresaltado, estimando que retroceder le haría perder demasiado tiempo, optó por escalar el farallón saliendo a terreno libre. Desde allí podría alcanzar el rancho mucho antes, aunque ignoraba si llegaría a tiempo.

Cuando alcanzó la cima y tendió su mirada de águila observó que el terreno descendía suavemente hacia el Este, pero como lo que le interesaba era avanzar hacia el Sur, echó a correr hacia aquel lado, preguntándose a qué distancia se hallaría del rancho.

Los estampidos de los revólveres llegaban a sus oídos con bastante claridad y debido a la carrera emprendida, llegó un momento que largo y por bajo de su nivel captó los fogonazos de los disparos.

Guiándose por ellos, corrió como un gamo hasta que la cinta del río le cortó el paso.

Desde la orilla abarcó los pastos de los Lyons a su derecha y, sin dudarlo, se arrojó al agua, aunque con aquella acción saldría desarmado, pues se le mojaría la pólvora y los proyectiles.

Salvando multitud de baches, corrió en línea recta hacia el lugar donde se luchaba, dando grandes voces para llamar la atención y evitar que le tomasen por un atacante, y así ganó un altozano que se oponía a su carrera.

Al coronarle y echar un vistazo al frente descubrió, junto a la orilla del río, un grupo de individuos a caballo, que al parecer se batían en retirada, y en la orilla opuesta del río, un jinete que unía

sus fuegos a los de los peones del rancho hostilizando la huida de los asaltantes.

Sol volvió a reconocer al jinete fantasma que corría hacia el río para batir a los fugitivos, pero estos, rápidos como una centella, habían lanzado sus caballos al agua buscando la salvación en ella.

Cuando el jinete avanzó hasta la orilla, ya los salteadores habían doblado el recodo y era difícil batirles. La garganta no tardaría en ampararles y para seguir su persecución se interponía la cerca del rancho «Loma Alta», Sol vio cómo el jinete emprendía de nuevo la fuga desapareciendo raudamente de su vista, y cuando descendió llamando a los Lyons y consiguió acercarse al lugar donde se había reunido el peonaje, ya no quedaba del misterioso auxiliar más que el recuerdo.

Los dos hermanos Lyons salieron al encuentro de Sol. Sus caballos aparecían fatigados y tanto Set como Sam mostraban su más feroz indignación.

—¡Sol!—gritó Set— ¿Cómo usted aquí? ¿No se había quedado en ese maldito rancho?

—Sí, pero cumplí en parte mi misión y al oír los disparos me figuré que les atacaban y crucé el rio a nado para ayudarles… ¿Qué fue eso?

—Luego se lo contaré—dijo Set—. Ahora debe usted volver al rancho a cambiarse de ropa. ¿Vio usted?

—¿Se refiere al jinete fantasma? Si, le vi. Es la segunda vez que le veo esta noche. La primera, me ha salvado de morir de un tiro recibido desde la copa de un árbol.

—A nosotros nos ha ayudado mucho con su presencia. Eran más que nosotros, pues nos cogieron de sorpresa, pero al verle, cortando la retirada, se apresuraron a saltar al río. Sol, no sé qué le diga. Tiene aspecto varonil, es decidido y valiente, pero su silueta es… ¿cómo diría? un poco femenina.

—Así es. Parece un muchachuelo jugando a aprendiz de pistolero. Me recuerda la silueta infantil «Billy, el Niño».

—Justamente. Usted le ha sacado el parecido. En fin, vamos al rancho.

—¿Hay bajas? —preguntó Sol,

—Tres heridos, pero no graves.

—¿Y de los agresores?

—No sé, haré que registren. Yo creo que, cuando menos, algún herido sí hubo. La cosa fue tan rápida…

Cuando llegaron al rancho, Sol se apresuró a cambiar sus ropas por otras más secas y ante la curiosidad de los dos hermanos dio

primacía a su relato, contando todo lo que le había sucedido.

Luego, Set, por su parte, le contó lo que había pasado en su ausencia.

—Cuando usted se fue—dijo—seguí su consejo y repartí ocho peones por la parte del río a prudente distancia para vigilar el curso.

»Nos hallábamos mi hermano y yo trabajando, a pesar de lo avanzado de la hora, cuando captamos una detonación y, sin pensarlo, tomamos las armas, montamos a caballo y partimos para allá abajo.

»Cuando salíamos, las detonaciones habían aumentado. Por lo que después hemos sabido, alguien disparó inopinadamente sobre uno de los peones, rozándole con una bala. El peón contestó al disparo, y sus compañeros, al oír los disparos, respondieron como un aviso, corriendo en su auxilio. Entonces se vieron frente a un grupo que debió atravesar el río a caballo o bajar de la parte montañosa bordeando la orilla y se entabló el tiroteo en ocasión de que nosotros llegábamos a ayudarles. Apenas tomamos parte en la refriega sentimos disparos, a espaldas de los asaltantes y la silueta del jinete negro surgió como una ayuda. Entonces nuestros agresores volvieron grupas velozmente hacia el rio, arrojándose a él, y el resto lo ha visto usted.

—¿Cuáles son sus sospechas? —preguntó Sol.

—No sé qué decirle. ¡Ah!... un detalle. Los atacantes debían llevar tiznado el rostro, porque fue imposible reconocer las facciones de ninguno.

—Bien. Yo no sé qué pensar, pero después de lo que me ha sucedido mis sospechas se derivan hacia la gente del rancho. Cuando me justifiquen cómo el peón despedido pudo saber que yo iba a ir a aquella parte de los pastos, entonces puede ser que cambie de opinión.

—Es lógico. Lo que no me explico es quién es el que pueda estar complicado en el asunto y cuál es el interés que les guía. La señorita Clayton pareció obrar de buena fe al autorizarle a hacer lo que usted deseaba.

—Posiblemente le ha guiado la buena fe... de hacer que me suprimieran para que no constituyese más un estorbo para ella.

Los dos hermanos, se levantaron del asiento, como impulsados por un resorte, y Sam exclamó:

—¡Oh!... ¿Qué dice usted?

—Es una sospecha que tengo que aclarar y la aclararé. Los toros acostumbro a cogerlos por los cuernos. Veré de nuevo a esa señorita

romántica y retraída y tendrá que explicarme la presencia del peón muerto en sus pastos. Si no lo hace…

—¿Y si ella está ignorante de lo que sucede en su rancho y es cosa de sus peones?…

—O de su capataz—arguyó Set.

—Le veré también las barbas. Me ha parecido demasiado misterioso y quiero aclarar muchas cosas. No hay nada en que apoyarse, salvo en que sean abigeos encubiertos, para culparles; pero la sorpresa de esta noche alguien ha de pagarla.

—Si hay algo debajo de lo que aparentan se va a exponer usted a un peligro.

—No, porque iré preparado para él. Déjenme obrar.

—Es usted un temerario. Debe protegerse y nosotros tenemos el deber de no permitir que se exponga por nuestra causa.

—Me expongo por la causa de la Ley y de la Justicia. Permítanme que duerma unas horas y mañana espero que se aclaren muchas cosas

Sin atender más consejos, se despidió, retirándose a su dormitorio Le estaban bailando muchas ideas raras en la cabeza y no quería que su estudio le impidiese conciliar el sueño.

Capítulo VI

OTRA VEZ EL JINETE FANTASMA



L Vengador, al día siguiente, después de desayunar, decidió hacer una visita a Violeta Clayton. Necesitaba dejar bien aclarado todo lo sucedido, o de lo contrario estaba dispuesto a provocar una reacción violenta que obligase a la adusta joven y a sus misteriosos colaboradores a manifestarse ampliamente en un sentido u otro.

Cuando alcanzó la entrada al rancho, se dirigió con aire autoritario al peón que vigilaba, diciéndole:

—Avisa a tu ama que estoy aquí. Necesito verla.

—No sé si podrá recibirle. Es muy temprano.

—Tú pasa el recado. Si es temprano, esperaré.

Pero, al parecer, la hora era buena, pues cinco minutos después el peón regresaba, diciendo:

—Pase. En el recibidor le espera.

Violeta, algo ojerosa, esperaba a pie firme en el gabinete donde ya había recibido a Sol. Parecía cansada y en sus ojos brillaba una luz de furor mal contenido. Antes de que él hablase, Violeta le advirtió con acento glacial:

—Señor Sol, observo que es usted demasiado autoritario y confunde la cortesía con el servilismo. Dispone usted de mí a su antojo y no quisiera recordarle que mi condescendencia merece un trato menos rudo.

Sol, molesto por la advertencia, exclamó:

—Señora, mi educación es muy elástica. Sé cómo debo tratar al presidente de la República y a un simple peón...

»Lo que no sé aún, es cómo debo tratar a las personas cuya conducta no acabo de comprender por lo difusa.

—¿Se refiere usted a mí?

—Así parece, y como quisiera poderle dar el trato adecuado, espero que me aclare su modo de proceder conmigo.

—No le entiendo, señor...

—Pues está claro. Yo le denuncié a usted la presencia de unos

misteriosos agresores dentro de su rancho. Primero, pareció rechazar la idea; después, parece que lo pensó mejor y la admitió, me otorgó poderes para buscarlos en su hacienda y como final, me fue preparada una bonita emboscada en la que si no caí, fue porque la bala que ha de matarme no se ha fundido aún.

—¿De qué tiene usted que acusarme?—preguntó ella rabiosa.

—De intento de asesinato en mi persona.

Violeta, temblando de ira, señaló la puerta diciendo:

—Haga el favor de salir inmediatamente de aquí, si no quiere que llame para que le expulsen.

—Bien, pero será después de haberme oído. Tengo que acusar a usted, o a su gente, de haberme pretendido asesinar por medio de una trampa y voy a demostrárselo. Usted despidió delante de mí al peón a quien yo traté de modo adecuado a su amenaza. ¿Cómo me explica usted satisfactoriamente, que, habiendo sido despedido antes de autorizarme a registrar los pastos, dicho peón se encontrase emboscado en un árbol para disparar sobre mí a tiro seguro?

Ella fríamente repuso:

—Se lo voy a explicar y después se va a ir inmediatamente. Mi capataz cumplió mi orden despidiéndole. El peón suplicó al capataz que le permitiese pasar la noche en el rancho hasta que al día siguiente pudiese emprender el camino de Arizona y Gish no encontró inconveniente en hacerle ese favor. Esta mañana fue echado de menos, y registrando los pastos en su busca fue encontrado muerto de un tiro por la espalda en las depresiones. Supongo que si le mataron de un tiro y el tirador fue usted, no puede alegar agresión cuando el arma de ese infeliz estaba completamente cargada.

—Muy diligentes han estado sus hombres buscándole, no vivo sino muerto, en un lugar que era muy difícil de encontrar no sabiendo que estaba allí. ¿No sería que alguien esperaba un resultado contrario y al ver fallida su idea quiere ahora presentar como una víctima a su peón? Es cierto que murió de un tiro por la espalda, pero no fui yo quien disparé. Había alguien que vigilaba desde lo alto de las cortadas y le descubrió. Si disparó sobre él, lo hizo para que no disparase a traición sobre mí.

—Muy bonita historia. ¿Por qué he de creerla si usted no cree la mía?

—Por una razón muy sencilla: porque ese tipo no podía saber que yo iba a registrar los pastos, a menos de que fuese advertido por alguien de aquí.

—¿Me acusa usted de haber intentado suprimirle? ¿Por qué causa?

—Puede haber muchas. Su rancho acogió la otra noche a los que dispararon sobre mi después de asaltar el rancho «Bar 6»; a mí se me pusieron obstáculos para aclarar el suceso desde el primer momento, cuando me dan facilidades negadas horas antes, se me tiende una emboscada con la que se justificaría mi muerte y con ello terminarían mis investigaciones. No, señora, no. Aquí hay alguien interesado en muchas cosas y en dos en particular. Una, en suprimir a los hermanos Lyons, no sé por qué causa, y otra, en suprimirme a mí para que no llegue a averiguar el anterior motivo.

—Está usted abusando de mi paciencia y no se lo tolero. Haga el favor de salir de aquí y no acercarse a cien yardas del rancho o le recibirán a tiros.

—Bien, voy a irme, puesto que usted me lo ordena, pero usted es quien declara la guerra. Conozco a muchos indeseables de la región. Ahora, me iré en busca del *sheriff* del poblado, para pedirle que se verifique un examen de su gente. Les acusaré de intento de asesinato y ya veremos qué clase de sapos tiene usted a sus órdenes, empezando por su capataz y terminando por usted misma.

Violeta se quedó pálida y tensa al oírle. Un temblor de ira, mal disimulada, agitó su cuerpo. Sus ojos flamearon como luciérnagas y rugió:

—¡Usted no hará eso!

—¿Por qué?

La contestación no partió de los labios de Violeta, sino de una garganta enronquecida, que gruñó a su espalda:

—¡Porque se lo voy a impedir yo! ¡No se mueva!

Sol giró rápido la cabeza, pero contuvo la mano que se aprestaba a requerir el revólver. Un tipo grande, mastodóntico, de ralos cabellos encanecidos y una barba larga, blancuzca y descuidada, se hallaba a dos pasos de él empuñando dos enormes *colts* que amenazaban su espalda.

—No se mueva, le digo—advirtió la voz fríamente—. Tengo un gran pulso disparando, aunque no lo crea.

Sol se envaró; pero no movió ni un músculo, y Gish, el capataz, a quien había reconocido al instante por la descripción que de él le habían hecho, ordenó:

—¡El revólver, Violeta!

La joven, decidida, se acercó a Sol arrebatándole el arma. Luego se retiró dos pasos, dejando arder en sus ojos la llama del desafío.

—Está bien, Gish. Puedes hacer con él lo que quieras. Es tuyo.

Sol, estallando en ira, rugió:

—¿Con que ese es su juego? ¿Ustedes son los vecinos neutrales a quienes nada importaba el rancho «Bar 6» ni sus dueños? ¡Ustedes son unos farsantes que, al amparo de una leyenda, pretendían aprovecharse y apropiarse el ganado ajeno sin detenerse ante la muerte de sus propietarios!

Gish, riendo con una risa siniestra, repuso:

—Quiénes somos nosotros, ya te lo diremos. ¡Klik! —gritó.

Un peón acudió a la llamada. Gish señaló con el revólver a Sol, ordenando:

—¡Amárrame a este sapo como tú sabes!

El peón salió para volver poco después con un buen manojo de cuerdas y, con una habilidad extremada, maniató al «Vengador» de tal forma, que pronto comprendió éste que, serían vanos cuantos esfuerzos hiciese para librarse de las ligaduras.

El capataz, cuando le vio bien amarrado, enfundó sus armas, diciendo:

—Llévale, a la cabaña de Jim y déjale allí amarrado al poste. Esta noche el río se llevará su cadáver y nadie sabrá si murió ahogado o cómo. Si alguien viene a preguntar por él del rancho de los Lyons decirle que estuvo aquí y que marchó a registrar el monte hacia la parte donde se despeña la cascada. Esto puede justificar que diese un mal paso y cayese al fondo, ahogándose.

El peón se cargó al hombro el indefenso cuerpo de Sol y desapareció de la estancia internándose por entre los árboles, alejándose del rancho hacia la derecha.

Sol trataba de orientarse, reteniendo en la memoria el camino que recorrían. Ahora se alejaban hacia el lugar donde debían hallarse las alambradas que no le dejaron cruzar la otra vez, pues era el sitio donde los árboles crecían más pródigamente.

Por fin el peón se detuvo en un pequeño claro, en el que se erguía una cabaña construida con sólidos troncos de árbol. Era una cabaña recia, con una puerta más recia todavía, que se cerraba desde el exterior por medio de una enorme guía ajustada a unos alvéolos que la retenían, imposibilitando abrir desde dentro.

Sol fue introducido en el interior sombrío y ventilado por un pequeño respiradero construido cerca del techo. Parecía aquello, más que una cabaña, una burda prisión; pero fabricada a conciencia para que nadie se evadiese de ella.

Al fondo, junto a la pared, se erguía una recia estaca clavada profundamente en tierra, y a ella fue amarrado Sol en posición vertical, dejándole después abandonado.

Al quedar a solas, «el Vengador» se lamentó de no haber atendido los consejos de Set, quien, más desconfiado, no le quería dejar ir solo presintiendo lo que iba a suceder.

Pero la cosa ya no tenía remedio, y ahora lo que le preocupaba era el final de aquella estúpida aventura y lo poco o nada que podía hacer para librarse de la trágica muerte que le tenían preparada.

Pronto comprendió que las posibilidades de salvación que poseía eran nulas. Solamente podia abrigar la esperanza remota de, que en lo que restaba de día, los hermanos Lyons, alarmados por su tardanza, se decidiesen a visitar el rancho reclamándole y acaso intentando, por un acto do fuerza, rescatarle.

A falta de cosa mejor, se dio a pensar qué móviles oscuros moverían a los habitantes del rancho a cometer semejante acto de desesperación. Se les observaba asustados por su actitud decidida, sobre todo cuando amenazó con ir en busca del *sheriff* para reconocer a los peones, y esto le hizo sospechar que se dedicasen a negocios sucios de ganado, amparándose en el prestigio de la hacienda.

Esto parecía claro; lo que no parecía tan claro era la amenaza de muerte que pesaba sobre los dos hermanos. Únicamente estando en combinación con alguien que sintiese animosidad con los Lyons se justificaba.

Dando vueltas a estas posibilidades, transcurrieron lentas y monótonas las horas. Durante ellas nadie le visitó ni se molestó en ir a comprobar si continuaba en su encierro, lo que patentizaba que debían considerarlo seguro y no sentían inquietudes por una posible fuga.

Pero a medida que transcurrían las horas su inquietud aumentaba de grado. Ya el sol no se filtraba por el estrecho respiradero y una luz que iba menguando insensiblemente le advertía que el día se batía en derrota y que sus instantes finales de vida se iban consumiendo.

Una rabia feroz le acometió al ponderar el caso. Se rebelaba a morir joven y en pleno apogeo de vida, y el recuerdo de Magda vino a restarle ánimos para la prueba final y a rebosar la amargura que acibaraba su alma.

Resistiéndose a morir, se debatió como una fiera contra el poste, clavándose las ligaduras en las carnes al tratar de librarse de ellas, pero sus dolorosos esfuerzos resultaron vanos, y vencido por la desesperación, elevó una plegaria al cielo y quedó flácido sobre el poste. Llevaría unos minutos en aquella postura, cuando un roce violento contra las paredes de la cabaña le envaró, obligándole a

escuchar. Le pareció que alguien golpeaba sobre los troncos; luego, quizá en su alucinación, le pareció oír un gemido sordo, y poco después el roce de la tranca, al raspar sobre su encaje, le anunció que alguien acudía en su busca y que el instante supremo había llegado. Contra lo que Sol había supuesto, la cabaña no quedó abandonada. A pocos pasos de ésta, sentado sobre el tronco de un árbol caído y de espaldas a un enorme matojo de arbustos, un peón, con un rifle entre las rodillas, vigilaba la puerta de la cabaña sin perderla de vista.

Para matar el tedio de las horas de vigilancia, el peón fumaba pipa tras pipa, y a veces lanzaba un bostezo influenciado por el silencio y la soledad y medio cerraba los ojos tenía que realizar verdaderos esfuerzos para no quedarse dormido.

Empezaban a caer las sombras de la noche cuando un jinete, que, inmóvil como una estatua se había pasado varias horas amparado por el tronco de un corpulento árbol en lo alto de los desmontes que cerraban los pastos por el Este, abandonó su hermética postura, y escurriéndose por la pendiente hacia atrás, hizo virar su caballo y dio la vuelta bordeando la propiedad hasta alcanzar la alambrada por la parte del río.

Ya allí, la examinó con suma atención, y en un lugar en el que se erguía un espeso escobo, arrimó el caballo a la alambrada, se puso de pie en la silla y se dispuso a saltar al lado interior.



—¡Ud. no hará eso!

A la indecisa luz de la tarde y erguido un momento sobre la silla, pudo apreciarse su silueta esbelta, escurrida de caderas, firme de busto, delicada de líneas. Vestía completamente de negro, llevaba el sombrero calado hasta los ojos y cubría su rostro hasta el labio superior un antifaz negro.

El jinete saltó elegantemente entre el escobo y luego, agazapado, se internó registrando los alrededores sin descubrir a nadie que

vigilase por aquel lado.

Satisfecho, volvió a la alambrada y dirigiéndose al caballo, que con las orejas en punta parecía escuchar, le instó con voz clara y simpática:

—¡Salta, «Centella»!

El inteligente animal se separó de la alambrada unos cuantos metros y luego, avanzando al galope, de un elegante salto salvó la espinosa cerca y cayó en el escobo. El jinete le acarició la frente y, montando en él de nuevo, se internó en la hacienda buscando los lugares más sombríos para no ser descubierto.

Atentamente vigilaba como si tratase de orientarse y, por fin, deteniéndose en un lugar en que la vegetación era muy espesa, se apeó, colgó las bridas del cuello del caballo y empuñando un pequeño revólver avanzó buscando la protección de los árboles y escuchando con forzada atención.

Cautelosamente fue avanzando, procurando no pisar ninguna hoja seca para que no denunciase su presencia, y así fue ganando terreno hasta situarse a larga distancia frente a una cabaña que se erguía en el centro de un claro.

Cuando se enfrentó con ésta se escurrió a tierra y, arrastrándose como un reptil, fue avanzando centímetro a centímetro con dirección a un enorme matojo de arbustos que se erguía frente a la cabaña.

Cuando en fuerza de paciencia llegó a él, le bordeó con más sigilo que había avanzado, y así le fue dando la vuelta hasta casi alcanzar el lado contrario.

Al asomar prudencialmente la cabeza, mostrando el amenazador cañón de su revólver, descubrió sentado sobre el tronco de un árbol un peón del rancho, quien con la apagada pipa entre los dientes, la cabeza un poco inclinada hacia el pecho y un rifle entre las piernas parecía inclinado al sueño.

El jinete se incorporó con sumo cuidado, y luego, de un salto felino, se colocó delante del peón, al que puso el revólver al pecho, al tiempo que ordenaba amenazadoramente:

—¡Arriba las manos!... ¡Si das un solo grito te clavo cinco balas en la cabeza!

El peón, sorprendido por aquella aparición más imponente aún con su antifaz ocultando el rostro, se puso en pie, como impulsado por un resorte, al tiempo que elevaba las manos a lo alto.

El jinete apartó con un pie el rifle que el sorprendido había dejado caer a tierra y ordenó:

—Retroceda hasta la pared de la cabaña... ¡Pronto!

El peón obedeció ante la amenaza del temible revólver que no temblaba en las manos de su enemigo, y así llegó hasta quedar apoyado en la pared de la cabaña.

Cuando ya no pudo retroceder, el jinete ordenó:

—¡Levanta esa tranca! El aludido se volvió para obedecer; más en aquel momento el brazo delicado, pero recio, del jinete dejó caer con fuerza la culata del revólver sobre el cráneo del peón, el cual, lanzando un sordo gemido, vaciló para caer sin sentido ante la puerta.

El misterioso jinete enfundó el revólver, le apartó tirando de sus pies y luego, con un gran esfuerzo, consiguió levantar el grueso travesaño que cerraba la cabaña.

Al abrirse la puerta, la suave luz del atardecer recortó sobre el vano azulado la silueta del enmascarado, y Sol, que había captado el ruido exterior, ahogó un grito debajo de la mordaza que oprimía su boca.

El jinete extrajo de su bolsillo un revólver que dejó a los pies de Sol. Luego, con un agudo cuchillo, cortó las ligaduras que le unían al poste y el cuerpo del «Vengador», al perder el equilibrio, cayó a tierra.

Su salvador se inclinó sobre él en silencio vuelto de espaldas a la puerta de forma que la luz hiciese más imprecisos sus rasgos, y con el cuchillo cortó las ligaduras de los brazos y las manos de Sol, dejándolas en libertad.

Realizado esto, hizo un brusco movimiento y se envaró. Hasta la cabaña habían llegado rumores de voces que se acercaban y poniendo el cuchillo en manos de Sol para que éste acabase de librarse de sus amarras, abandonó de un salto la cabaña, corriendo hacia el lugar donde había dejado su caballo.

Un rugido de furor se elevó entre los árboles y varias detonaciones vibraron siniestramente, al tiempo que el grupo de los que llegaban se diseminaban a todo correr tratando de dar alcance al jinete.

Este, en lugar de huir directamente hacia la alambrada y salvarla poniéndose a salvo, inició una extraña maniobra. Internándose en los pastos, trató de atraer sobre él la atención de los perseguidores para dar tiempo a Sol a librarse de las ligaduras y ponerse en salvo.

El mayor número de los peones se lanzó tras él con el ansia de alcanzarle; pero tres de ellos, no secundando al resto, se dirigieron rápidamente hacia la cabaña para cerciorarse de si el prisionero había huido también o no.

Sol, dándose cuenta rápida de la trágica situación y del peligro que su audaz salvador estaba corriendo por librarle de una muerte cierta, esgrimió el cuchillo con ansia y, a pesar de sentirse entumecido por la larga presión que habían ejercido sobre él las ligaduras, cortó con saña las que le restaban y empuñó el revólver. Con un poderoso esfuerzo de voluntad, se puso en pie y se dirigió a la salida, en el momento en que unas sombras se bocetaban en el vano de la puerta.

Sin detenerse a pensar quiénes podían ser, calculando que únicamente enemigos acérrimos podían penetrar allí, disparó a quema ropa sobre ellos.

Alguien cayó de bruces en el interior de la cabaña, una sombra retrocedió de un salto, vibró una detonación y un proyectil pasó silbando junto a él; pero, intrépido, avanzó y volvió a disparar sobre otra sombra que permanecía aún en pie.

El peón se desplomó lanzando un aullido y Sol saltó como un tigre buscando la libertad.

No muy lejos restallaban las detonaciones buscando la silueta del jinete, cuyo caballo, de una agilidad y una velocidad fantástica, trotaba por entre los árboles trazando curvas y elipses inverosímiles para evitar que sus perseguidores pudiesen afinar la puntería sobre él. Entretanto, Sol quedó un momento dudando. Su conciencia le decía que tenía el deber de ayudar ahora al jinete, pero pronto se dio cuenta de dos cosas: una, de que éste apelaba a aquel recurso para darle tiempo a huir, y otra que solamente le quedaban dos balas en el arma.

Desesperadamente, galopó por la espesura con dirección a la alambrada. Debía saltarla y buscar en el río la protección precisa, y sin vacilar, siguió aquel camino.

Cuando llegó al espino, dudó. Era peligroso saltar sobre aquel erizo de púas; pero su vida valía más que los rasguños, y despojándose de la chaqueta, la tendió sobre las púas y, a costa de algunos rasguños y jirones en la ropa, se vio al otro lado.

Ya junto al río, disparó al aire los dos proyectiles que le quedaban para avisar, si era posible, al jinete de su huida y se arrojó al agua cruzando a la otra orilla. Poco después, desde el alto de un montículo, su corazón latió con inusitada violencia al distinguir a los lejos, trepando como una cabra salvaje, el caballo del jinete fantasma. Este saludó con el sombrero en la mano y desapareció tras la loma, sin que le hubiese podido alcanzar.

Capítulo VII

UNA AGRESION INVEROSIMIL



ON los miembros agarrotados por la presión de las ligaduras, y maltrecho, Sol alcanzó el rancho fatigosamente. Cuando entró en él, al primero que encontró fue a Parker, el capataz, quien lanzando una exclamación de alegría preguntó:

—¡Por Judas!... ¿Dónde diablos se ha metido usted? Tiene a todo el rancho de cabeza buscándole ansiosamente.

—Gracias. ¿Dónde están Set y Sam?

—En su despacho. Acaban de regresar de recorrer el bosque sin resultado.

«El Vengador» se dirigió al despacho, donde los dos hermanos, cansados y desalentados, se habían dejado caer sobre dos asientos.

Al ver aparecer a Sol reaccionaron, y Set, ansioso, preguntó:

—¿De dónde sale usted con esa indumentaria, Sol?

—De la tumba, mi querido amigo. Jamás he estado tan próximo a fomentar la cría de siemprevivas como hoy.

—¡Oh!... Nos ha hecho usted pasar unas horas de angustia afirmó Sam—. Estuvimos en el rancho «Loma Alta» preguntando por usted y nos dijeron que había partido para los montes del Norte, pues tenía una pista que seguir. No parecía que nos engañaran y mandé varios peones que le buscasen. Hace poco regresaron sin hallar su rastro.

—¿Conque a los montes tras una pista?—rezongó Sol sonriendo siniestramente—. No necesito ir tan lejos para encontrarla. Ya lo saben, y a estas horas deben estar demasiado preocupados conmigo.

Ante la ansiedad que dominaba a ambos hermanos, Sol hizo un relato de su odisea, y cuando acabó exclamó Set:

—¡Otra vez el jinete fantasma! Daría la mitad de mi fortuna por saber quién es.

—Y yo, pero... Solo una causa fortuita nos puede permitir

descubrir su incógnito. Más lo siento yo que nadie.

—¿Cómo habrá podido enterarse de que estaba usted preso en la cabaña?

—No sé. Presumo que tiene su observatorio en lo alto de los farallones, y que desde ellos debió descubrir a los peones cuando me sacaron del rancho para llevarme al encierro. Es algo formidable ese jinete.

—Si debe serlo, Sol.

—No lo saben ustedes bien. Tenían que haberle visto sortear los disparos de una docena de revólveres atrayendo hacia sí a mis enemigos para darme tiempo a escapar. Mi caballo es algo sin par, pero el suyo es una maravilla.

Set, que aparecía muy preocupado, exclamó:

—Y ahora, después de este suceso, ¿qué sospecha usted?

—No puedo concretarlo, señor Lyons. Me dan la sensación de que se dedican a algo sucio en cuestión de ganado.

—Parece mentira, con la hacienda que posee esa mujer. Pero aunque así fuese, me explico que traten de robarnos el ganado, pero… ¿y la muerte de Arthur?

—Acaso les sorprendió robando ganado y para evitar su delación le mataron.

—Eso es explicable, pero… ¿y la nota que dejaron junto al cadáver?

—Podía ser para despistar. Siguiendo el rastro invisible de su supuesto enemigo desviaban la atención del rancho.

—En cualquier caso, la muerte de mi hermano es imputable a ellos.

—No me cabe duda alguna, y por eso ha llegado la hora de poner las cosas en claro. Si Violeta no ha tomado parte en este asunto, cuando menos amparó a los que lo realizan, y como lo sabe es tan culpable como ellos. Por otra parte, el hecho de hacerme detener por su capataz cuando les amenacé con acudir al *sheriff*, demuestra que no está tranquila respecto a su actuación.

—¿Cuál es su idea entonces?

—No hay más que dos soluciones: o denunciar el caso al *sheriff* para que él investigue, o intervenir por nuestra propia cuenta.

Set, rabioso, gritó:

—Prefiero lo segundo. No quiero exponerme a que suceda lo que con la muerte de mi padre, que el asesino salvó la vida. Esta vez quiero la del que mató a nuestro hermano.

—Opino como usted—afirmó Sol fríamente—. Me han proporcionado un montón de horas de angustia infinita que he de

cobrarme por propia mano.

—En eso caso, disponga como guste de nosotros. Tengo treinta hombres a su disposición.

—Los emplearemos. Vamos a dejar pasar la noche a ver cuál es su reacción. Monte una vigilancia severa por si acaso. Nos justificaría más un final trágico si fuésemos los atacados en lugar de los atacantes.

—Bien, le daré satisfacción a sus deseos; pero si se limitan a esperar, mañana seré yo quien me decida a darles ese gusto.

Después de la cena, Set reunió a los peones y les instruccionó para que montasen una atenta vigilancia en los lugares más propicios a ser asaltados. Debían estar muy atentos a cualquier sorpresa y disparar sin vacilaciones contra cualquier bulto sospechoso que se diese a ver en los pastos.

Era bastante tarde cuando decidieron retirarse a descansar. La tensión nerviosa les había obligado a mantenerse alerta en espera de acontecimientos que, al parecer, no se apresuraban a surgir; pero sus cansados cuerpos se rebelaban contra el continuado dinamismo y desistieron de la espera.

Sol quedó dormido levemente. Era como un sueño superficial pronto a huir al más leve ruido, y así, próximamente hacia la madrugada, la seca y lejana detonación de un disparo, seguida rápidamente de otros varios, le hicieron saltar del lecho y vestirse apresuradamente, empuñando las armas.

Cuando salió al pasillo no fue él solo quien había captado los disparos. También Set acababa de arrojarse del lecho y llamaba a su hermano a grandes voces.

Pronto los tres se encontraron en condiciones de acudir al lugar de la refriega. Los caballos fueron extraídos del galpón cercano, y montando en ellos, se lanzaron a todo galope hacia donde sonaban los disparos.

La refriega se había iniciado hacia el rio; pero mucho más hacia abajo que cuando Sol fuera agredido por aquellos lugares. Era el sitio más apartado del rancho vecino y, sin duda, habían elegido tal lugar creyendo que sería el menos vigilado.

El estruendo de los disparos había aumentado en intensidad. Debían estar tomando parle en él todos los peones que vigilaban a lo largo del rio contra un contingente bastante numeroso de enemigos.

La noche era clara y fría. Un viento cortante soplaba de las montañas clavándose en las carnes como alfileres y el azul de la atmósfera era puro y trasparente.

A medida que galopaban, guiados por los estampidos, distinguían las distintas modalidades de los disparos. Se usaba el *colt* primordialmente; pero también se mezclaba con su seca resonancia la más sorda y prolongada de los rifles.

El terreno desigual, cuajado de altos y bajos, impedía abarcar el lugar de la lucha desde, una larga distancia, y Sol maldecía aquellas cuestas y aquellas hondonadas que le velaban el paisaje obstinadamente.

Por fin, descubrieron los primeros fogonazos y los primeros jinetes. Estos, acosados, sin duda, por fuerzas superiores, se habían replegado bastante hacia el interior de los pastos y galopaban como demonios, retrocediendo unas veces y avanzando otras, en su intento de expulsar hacia el río a los asaltantes.

Sol se aupó sobre los estribos para abarcar mejor el panorama y descubrió la desplegada guerrilla de enemigos maniobrando para formar un círculo en el que dejasen presos a los peones del rancho «Bar 6», y al darse cuenta de la maniobra, gritó:

—¡Set, Sam...! Ataquen por la izquierda. Yo lo haré por la derecha. Procuren partir la herradura que tratan de cerrar.

Los dos hermanos se lanzaron impetuosamente a la lucha obedeciendo la orden de Sol, mientras éste, desviándose a la izquierda, se metía intrépidamente en el campo enemigo disparando como un demonio.

Los peones del rancho, al darse cuenta de la ayuda que acudía a reforzarles, reaccionaron vigorosamente y pronto el cariz de la pelea varió. Los asaltantes, acosados más virilmente, empezaron a retroceder hacia el rio, a pesar de que alguien a retaguardia les azuzaba con ronca voz a acabar con la gente del rancho bajo pena de severos castigos.

El revólver de Sol ladraba sordamente vomitando plomo sin descanso, y sus tiros, bastante eficaces, unas veces arrancaban aullidos de dolor a jinetes que vacilaban en sus sillas y otras mordían las carnes de los caballos enfureciéndoles y obligándoles a encabritarse, para poner en peligro a sus monturas y evitarles al tiempo disparar con eficacia.

Poco a poco, los asaltantes, duros y pegajosos, fueron retrocediendo hacia el río. Aunque numerosos, no podían resistir el ímpetu de sus enemigos y con algunas sensibles bajas y varios hombres tocados e inútiles para el ataque, ahora sólo se cuidaban de cubrir la retirada para pasar el río, desde cuya otra orilla sería más fácil evitar la persecución.

Sol, que ardía en deseos de acabar con aquellos miserables, se

dio cuenta de sus propósitos y gritó:

—¡Adelante...! ¡Acosarles como a coyotes!... ¡No les permitáis que crucen a la otra orilla!

Los peones se esforzaban por obedecerle, electrizados por su ejemplo, y despreciando el plomo contrario hacían avanzar sus caballos para interponerse entre los fugitivos y el río.

Cuando la pelea era más fiera y dramática, Sol se quedó envarado con el revólver en alto y los ojos clavados en la orilla contraria del Kanab. Un jinete negro, montado sobre un caballo del mismo color, y con el rostro cubierto con un antifaz, se lanzaba heroicamente a la lucha, cruzando el río y alcanzando el borde de los pastos por un lugar próximo a la lucha.

Sol tembló por el jinete. Se hallaba tan próximo a la línea de tiro de sus enemigos, que cualquiera de éstos podía alcanzarle con sólo volver el brazo y disparar hacia allí.

Tremante de angustia, picó espuelas y como un meteoro, se lanzó a su encuentro. Temía verle caer de un momento a otro, y lo menos que podía intentar era colocarse a su lado para defenderle o auxiliarle.

El jinete, al verle avanzar, acortó la distancia. Por vez primera desde que el destino les había juntado en distintos momentos de peligro, aquel ser misterioso y libre, se avenía a afrontar un encuentro con Sol, y éste, más emocionado que nunca, creyó que había llegado el ansiado momento de que el jinete rompiese el incógnito y se diese a conocer.

Espoleando a «Stard», siguió corriendo a su encuentro. El jinete detuvo su montura con el brazo en alto y pareció esperar. No daba importancia al fragor de la lucha ni temía que un tiro de los asaltantes pudiese poner fin a sus brillantes hazañas.

«Stard» avanzaba a todo galope y cuando se hallaba a quince pasos del jinete y Sol tendía sus brazos a él para suplicarle que no cometiese semejante insensatez, se produjo algo tan veloz e inusitado que nadie lo pudo evitar y que dejó desconcertados a los peones más próximos.

El jinete, fríamente, estiró el brazo armado de revólver y disparó contra Sol. Este sintió en un costado un golpe terrible seguido de un escozor como si le hubiesen metido brasas encendidas y por efecto más de la sorpresa que del balazo, perdió el equilibrio y cayó del caballo rodando sobre la dura tierra.

Un alarido de rabia y de indignación brotó de las gargantas de los peones al darse cuenta de la tragedia. Sam, que se había corrido hacia aquel lado, se apeó raudo del caballo arrastrando el cuerpo de

Sol fuera del área de la lucha, mientras varios peones disparaban sobre el jinete, el cual había vuelto grupas al caballo y saltaba con él al río, tratando de ganar la orilla contraria.

Por un verdadero milagro salió indemne de la granizada de proyectiles disparados sobre él, y poco después desaparecía en las sombras de la noche, mientras los asaltantes, aprovechando el leve respiro que les había producido la distracción de algunos de los peones persiguiendo al jinete fantasma, cruzaban el río asentándose en la orilla contraria.

Los peones de Set trataron de lanzarse al agua en su persecución, pero una orden enérgica del joven les contuvo.

—¡Atrás! —gritó—. No crucéis u os acribillarán a tiros. Vigilad desde esta orilla para que no intenten de nuevo cruzar.

Se cambiaron nutridos disparos entre uno y otro grupo, aunque inútilmente, y cuando un leve resplandor lechoso empezó a difundirse por el cielo, anunciando la salida próxima del sol, los atacantes se retiraron al galope, abandonando el campo de la lucha.

Entretanto, Sam, que habla retirado el caído cuerpo de Sol detrás de un pedregal, se apresuró a reconocerle. Desabrochó el chaleco, rasgó la camisa, aflojando el cinto y descubrió el lugar de la herida.

Esta, por un milagro, no habla sido grave. La bala al chocar con el cuerpo del cinto, se había desviado hacia un lado produciéndole una mordedura sangrienta, pero sin profundidad.

Sol, pálido como un cadáver, no sentía el dolor de la herida sino el saber quién se la había producido. ¿Por qué? —se preguntaba—. ¿Qué había sucedido para que en horas toda la adhesión, el fervor, la abnegación que el jinete fantasma había puesto a su servicio muriesen como una flor agostada barrida por el viento y le volviese fría y cobardemente contra él?

Sam adivinó su pesar y exclamó:

—No me lo explico, Sol—y sus palabras parecían carecer de convicción—. Debió no reconocerle o confundirle con otro.

Sol movió la cabeza; apesadumbrado, afirmando:

—No, Sam. Me conoció muy bien. Me buscó desde el primer momento y me esperó. Sabía que acudiría a él y… esperó fríamente hasta el instante justo de poder disparar con seguridad sobre mí. Si no me ha matado, fue porque el destino no quiere que muera aún.

—Es inexplicable—dijo el joven—. ¿Por qué, si hace unas horas se jugó la vida por salvarle de una muerte cierta?

—Eso es lo que yo me estoy preguntando, Sam. ¿Por qué?… Daría media vida por saberlo. Sólo me asalta una vaga sospecha que

me viene aplanando desde que salí de Cisco para venir aquí y que justificaría en parte su actitud.

—¿Cuál?

—Que realmente sea una mujer enamorada de mí y que por cualquier circunstancia haya averiguado que jamás puede alcanzar mi amor. Sólo en un momento de despecho podía haberse trastornado para cometer semejante acto.

—¿Cómo puede haberlo sabido en estas pocas horas desde que le salvó la vida a ahora? Creo que delira usted, Sol.

—¡Ojalá sea así, pero esto me ha desmoralizado! No puedo tomarle en cuenta el poco mal que me ha hecho. Esto no es nada. Puedo moverme y mañana podré hacerlo mejor… Es la acción, el haber perdido la confianza en él… o en ella; el saber que ya no es un aliado fiel sino un enemigo irreconciliable. Un enemigo tan fuerte, tan viril, tan tenaz, que si se ha propuesto matarme lo logrará a despecho de cuanto haga por evitarlo.

Set, que se había unido al grupo y le escuchaba apesadumbrado, intervino para afirmar:

—No piense en esas cosas, Sol. Yo estoy seguro de que ha habido un equívoco, algo que escapa a nuestra percepción y que algún día se justificará. Vamos, Sam, ayúdame a cargárnoslo para transportarle al rancho.

Sol nada dijo. Deseaba con toda el alma que el optimismo de Set se viese justificado alguna vez; pero no tenía confianza en ello.

Capítulo VIII

CUANDO LOS LOBOS SE VEN ACOSADOS...



UE Sol trasladado al rancho y depositado en un lecho donde se procedió a curarle la herida. Esta, como ya había observado Sam, no era peligrosa y bastó un buen lavado, unas hilas empapadas de yodo y un buen vendaje para que el herido quedase tranquilo y sin fiebre.

Sol, desechando sus sombríos pensamientos, preguntó:

—¿Cuál ha sido el final de la lucha?

—Que huyeron como coyotes asustados.

—Ya lo vi. No pregunto eso. Me refiero a las bajas.

—No lo sé, pero ahí fuera está Parker, el capataz, que nos informará.

Parker pasó a la estancia. El bravo jefe del peonaje había recibido un rasguño en la frente que ocultaba bajo un pañuelo, pero parecía conservar un humor excelente.

—Les hemos zurrado bien—afirmó—. No sé si se sentirán con ganas de repetir la suerte.

—¿Cuántas bajas hemos sufrido?—preguntó Sam.

—De consideración dos. Hay dos heridos graves. Uno en el vientre, y me temo que no sobreviva; el otro, en el pecho, pero es duro como una encina. De los demás, hay cinco tocados, pero si es preciso pueden mantenerse a caballo.

—¿Y de ellos?

—Se han recogido cuatro muertos y han logrado arrojarse al rio dos que se los ha debido llevar el diablo en su compañía, pues no tuvieron fuerzas para luchar contra la corriente y les vimos hundirse. El resto, entre el que puedo asegurar que había varios heridos, logró pasar a la otra orilla.

—No es mucho—insistió Sol—. Con esto no se ha decidido nada. El asunto queda de nuevo en pie.

—¿Sospecha usted que vuelvan a atacar?

—Lo presumo, o todo lo más estarán preparados para recibirnos

si somos nosotros los atacantes. Están perdidos, lo saben y tienen que liquidar esté asunto como sea.

Sam intervino para decir:

—Creo que lo mejor es dar cuenta al *sheriff*. Quizá si interviene él...

—Lo recibirán a tiros—aseguró «el Vengador»—. El asunto es desesperado para ellos. Todo ha radicado en mi amenaza de llamar al *sheriff* para que investigue. Debe haber algo muy hondo y la presencia de la autoridad les aterra.

—Razón de más para que le hagamos intervenir. Nada perdemos con ello, y si nos atacan antes de que seamos nosotros los que lo hagamos, la presencia de Rice nos será muy útil. Voy a mandarle venir.

—Haga lo que le parezca.

Set dio orden de que uno de los peones bajase al poblado a informar al *sheriff* de lo sucedido y a recabar su presencia en el rancho.

Dos horas más tarde, Rice hacía su aparición siendo ampliamente informado por Set de todo lo ocurrido.

El *sheriff* se interesó grandemente por el estado de Sol, a quien conocía de oídas y prometió ocuparse del caso.

—Me presentaré en el rancho «Loma Alta» y haré que me enseñen el cutis todos sus moradores. Quiero saber quién lo tiene tan feo que le asusta que yo pueda contemplárselo, y luego, quiero saber qué tiene que contarme esa linda dama.

—No vaya, *sheriff*—advirtió Sol, le recibirán a tiros.

—Espero que se miren un poco antes de darle gusto al dedo.

—No mirarán nada. Todo lo tienen perdido. Sólo suprimiendo a quien pueda cortarles el paso, pueden intentar salvarse.

—Eso lo veremos. Ahora mismo voy allí y...

—Un momento, Rice—dijo Set—. Opino como Sol y creo que no debe cometer imprudencias. Es lógico que como autoridad pretenda cumplir su deber, pero no consentiremos que le pueda suceder una desgracia. Le acompañarán mis hombres, y si intentan sacar las armas, no se verá usted en desigualdad de condiciones para luchar.

—Bien, no me importa que me acompañen. Creo que está usted en lo cierto. Tengo ganas de colgar a quien mató tan villanamente a su hermano Arthur y creo que ha llegado la hora de dar gusto al cordel.

Set se apresuró a reunir una buena parte de sus peones, dejando algunos de vigilancia. Estaba poseído de que después de la derrota que acababan de sufrir no intentarían un nuevo asalto a los pastos.

Rice aceptó la compañía de docena y media de peones. Era una fuerza a tener en consideración, pero no aceptó que Set ni Sam le acompañasen. Su deber era, primero, cuidar del herido, y segundo, cuidar del rancho ante la eventualidad de derivaciones que podrían surgir con motivo de su visita.

Y al frente de aquella pequeña, pero aguerrida tropa, Rice se encaminó resueltamente al rancho «Loma Alta».

* * *

La derrota sufrida por los peones del rancho «Loma Alta», había encendido en rabia a su sombrío y barbudo capataz, el cual, amenazando con disparar su revólver sobre todos sus subordinados, les insultaba atrozmente, tildándoles de cobardes, medrosos y faltos de espíritu para defender, no sólo los intereses de la dueña, sino los suyos propios.

Reunidos ante el porche del rancho, sin que en esta escena interviniese Violeta, Gish rugía:

—¿Qué habéis ganado con dejaros zurrar, volviendo a cruzar el río? ¿Acaso ignorabais las complicaciones de la intromisión de ese tipo de «el Vengador» ha provocado? Ahora no sólo estamos descubiertos, sino en peligro de una acción del *sheriff* contra nosotros. Si hubiésemos cerrado las bocas a esos sapos toda gestión posterior se hubiese evitado. Una reyerta entre equipos es cosa corriente y nadie hubiese buscado más raíces al asunto.

Los peones, mustios, escuchaban la diatriba sin atreverse a replicar. Se sentían avergonzados de la derrota y su sangre empezaba a hervir de nuevo.

Gish debió leerlo en sus ojos, porque continuó:

—Creo que aún estamos a tiempo de remediar el mal. Un segundo ataque por sorpresa quizá nos diese resultado. Todo lo esperarán menos eso.

Alguien sintió coraje para decir:

—Está bien, por mi parte me encuentro dispuesto a volver a ese maldito rancho, sobre todo ahora que ese cazador de hombres cayó en la pelea.

—Pero no por vuestra acción y puntería. Ha sido preciso una ayuda ajena para lograrlo.

En aquel momento, uno de los peones que vigilaba en la parte que conducía desde el poblado a los ranchos, llegó para advertir:

—Rice, el *sheriff*, está subiendo la cuesta del rancho «Bar 6». Le acompaña un peón de los Lyons.

El capataz barboteó un terrible juramento.

—¡Maldición, ya es tarde! Lo que yo trataba de evitar ya está hecho. Ahora, el *sheriff* vendrá aquí y…

Uno de los peones, rabioso, gruño:

—¿Y si viene, por qué no acabar con él? Si estamos perdidos, tanto da por uno más como por uno menos.

Gish inició una sonrisa siniestra y exclamó:

—Quizá tengas razón. El momento es grave, pero si suprimimos al *sheriff*, tendremos un mayor respiro y… quién sabe. Acepto la idea.

Se dirigió al peón que había acudido con la noticia y ordenó:

—Sube al pico del águila y abarca bien la cerca del rancho «Bar 6»; si ves salir al *sheriff* y dirigirse aquí, avisa inmediatamente.

Mientras se cumplía o no la amenaza, Gish dejó a los peones a caballo frente al porche y penetró en el interior. Dijo que iba a conferenciar con Violeta para darle cuenta de sus planes y obtener su aprobación.

Un cuarto de hora después aparecía de nuevo en el porche. Estaba más sombrío que antes y en sus ojos se reflejaba el miedo y la indecisión.

Pero pronto reaccionó al regresar el peón para advertir que, en efecto, el *sheriff* avanzaba a caballo a lo largo de la cerca del rancho de los Lyons y que le acompañaban más de una docena de peones.

Gish se envaró al oírle, y luego, dejando refulgir en sus crueles ojos una luz siniestra, preguntó:

—¿Te has fijado si vienen los Lyons con él?

—No, sólo vienen sus peones.

El capataz, gozándose en la idea que súbitamente se le había ocurrido, gritó:

—¡Preparados! Esperad un instante.

Penetró como una tromba en el rancho, y cinco minutos más tarde salía a todo correr. Se dirigió a su caballo, sobre el que montó de un salto enérgico y gritó:

—Escuchar: han cometido la torpeza mayor de su vida al privarse de ese número de peones. Mientras ellos vienen aquí, vamos a asaltar los pastos por la parte del río y a acabar a poca costa con los Lyons y con ese sapo de «Vengador» que les ha ayudado a descubrir todo. Los pocos peones que les quedan allí caerán rápidamente, y de rechazo podemos volvernos contra el *sheriff* y los que le acompañan. Mientras ellos nos buscan aquí, nosotros estemos allí, y después… si actuáis con decisión y rapidez en muy poco tiempo habremos limpiado esto. Después que

averigüen cómo murió el *sheriff* y por quién.

Todos, electrizados por sus palabras, se lanzaron a galope hacia los pastos, y atravesándolos diagonalmente, saltaron la cerca por la parte del río siguiendo la orilla paralela hasta situarse frente a los pastos de los Lyons, más abajo aún del sitio donde no hacía mucho se habían enfrentado ambos equipos.

Una vez allí azuzaron sus caballos y éstos se arrojaron al agua, cruzando el río en silencio.

La impetuosidad de Set iba a poner en gravísimo aprieto a Sol, a su hermano Sam, a él mismo y a los pocos peones que había retenido a su lado.

* * *

Cuando Rice se detuvo a la puerta de la cerca del rancho «Loma Alta» un silencio impresionante reinaba en torno a él.

Al *sheriff* le pareció de mal agüero aquella soledad y empuñando el revólver se dirigió a la puerta, gritando:

—¡Ah del rancho!... ¡Abrid al *sheriff*!

Nadie hizo aprecio de la intimidación, y Rice, molesto, volvió a invocar su autoridad, amenazando con tomar medidas graves si se seguían obstinando en no abrirle. Cansado de gritar y de aporrear la puerta, tomó una decisión. Si no le abrían, penetraría por la fuerza, pues no estaba dispuesto a ser objeto de semejantes desprecios. Apoyándose en los travesaños, escaló la cerca, saltando al otro lado y, una vez dentro, levantó la pesada tranca que afianzaba la puerta, franqueando el paso a los peones.

—Quedaos ahí—indicó—. Voy a penetrar ahí dentro a ver qué demonios sucede en esta casa que todos parecen haberse vuelto sordos.

Sin soltar de la mano el revólver penetró en el rancho, llamando a gritos y recorriéndole de arriba abajo; pero sin encontrar alma viviente dentro de él.

—Deben estar en los pastos—indicó—. Seguidme a distancia, que voy a ver si los localizo.

Avanzó por entre los árboles que rodeaban la hacienda hasta alcanzar el terreno llano, y una vez en él se aupó en los estribos sin descubrir en toda la extensión que abarcaba su aguda mirada ni un solo peón.

—Qué extraño es todo esto—murmuró—. Diríase que han huido, abandonando rancho y ganado.

Siguió caminando hacia su izquierda, desde donde lejos se

distinguía la masa movible de una gran punta de ganado.

Pero su asombro subió de punto al descubrir las reses abandonadas, sin nadie que cuidase de ellas.

Llamando a los peones, ordenó:

—Echar un vistazo por los alrededores. Quiero convencerme de que, en efecto, esos coyotes se han dado a la fuga. Los peones se diseminaron por los pastos con el mismo negativo resultado y cuando minutos más tarde se unían al *sheriff*, éste comentó rabioso:

—¡Se han largado!... Presumían lo que se les avecinaba y no han dudado en sacrificarlo todo por salvar el pellejo. Necesito organizar su búsqueda y os voy a investir con poderes de ayudantes míos, pura que me ayudéis a localizarlos. ¡A mí no se me fuga el asesino de Arthur Lyons!

Se disponía a realizar la sencilla ceremonia de tomarles juramento cuando el eco lejano de una detonación le envaró y volviendo la cabeza interrogó:



Todos electrizados por sus palabras...

—¿Eh?... ¿Qué diablos ha sido eso?

Como respuesta llegaron nuevos ecos de detonaciones y uno de los peones del rancho «Bar 6», apuntó inquieto:

—Eso proviene de nuestros pastos... ¿no lo observa? ¿Habrán sido capaces de asaltarle nuevamente?

El *sheriff*, al darse cuenta del peligro que encerraba la sospecha del peón, rugió:

—¡Ah, bandidos!... ¡Se han aprovechado de que el rancho quedó casi desguarnecido!... ¡Al galope!... ¡Tenemos que llegar a tiempo

para batir a esos reptiles!

El grupo volvió grupas y a un trote endemoniado abandonaron el rancho, saliendo al sendero.

Esforzando la resistencia de sus caballos galopaban paralelos a la cerca, camino de la entrada principal, mientras que a medida que avanzaban, llegaban más claramente a sus oídos los estampidos de los *colts*.

—¡Están asaltando la hacienda! —apuntó uno de los peones—. Se han debido refugiar en ella para poder resistir mejor. No han quedado más que nueve hombres allí.

El *sheriff* bramaba de furor. Comprendía que todo lo que estaba pasando procedía de un astuto plan preconcebido y se sentía en parte responsable de lo que pudiera suceder.

Por fin alcanzaron la puerta de la cerca cuando ya los estampidos vibraban como si estuviesen disparando sobre ellos mismos, pero al acercarse con intención de forzar la entrada una lluvia de proyectiles, filtrándose a través del entramado, les detuvo en seco.

Parte, de los asaltantes debían haber captado el rumor de los cascos de los caballos al acercarse, o debían estar prevenidos de su regreso, porque se habían apostado ante la cerca y disparaban como demonios a través de ella, mientras el resto acosaba rabiosamente a los que se hallaban refugiados en el interior del rancho.

Rice, bramando de ira, invocó su autoridad de *sheriff*; pero esta invocación realizó el milagro de que los disparos aumentasen en intensidad.

El *sheriff*, comprendiendo que no había manera de forzar la puerta con aquella defensa tan cerrada, preguntó:

—¿No hay otro modo de poder entrar?

—Si, por la parte posterior de los pastos.

—Bueno, pero eso es tanto como hacer un viaje a la luna y regresar después a enterarse de lo que ha sucedido… No me sirve. Necesito algo más inmediato…

—Pues… saltando el espino. No hay más solución.

Rice, enérgico y dinámico, volvió grupas y recorrió la senda buscando un lugar adecuado por donde saltar, hasta que, alcanzando un ancho espacio que permitía a los caballos tomar carrera para iniciar el salto, gritó:

—¡Por aquí! ¡Adelante todos!

Los caballos, espoleados por los jinetes, se apartaron hasta el límite del claro, y luego, a todo galope, se lanzaron sobre la valla espinosa saltando para salvarla.

Un par de caballos, midiendo mal el salto, tropezaron con las patas traseras en los espinos cayendo de cabeza al otro lado y despidiendo a los jinetes como si fuesen peleles; pero el resto salvó el punzante obstáculo sin contratiempo y, como fieras, se adelantaron hacia el lugar de la lucha.

Pronto los peones que defendían la entrada se dieron cuenta de que ya su esfuerzo de nada servía y montando sobre los caballos que tenían cerca se lanzaron al encuentro de los recién llegados dispuestos a darles la batalla antes de que alcanzasen el rancho.

Rápidamente se estableció la lucha. El número de atacantes era algo superior al de atacados; pero Rice, hombre avezado a las peleas, animó pronto a los peones con el ejemplo, y la lucha se hizo muy reñida y encarnizada. Poco a poco, avanzaban replegando a los hombres de Violeta hacia el rancho, quizá buscando la ayuda de sus compañeros, y no tardando mucho el combate se estableció frente a la hacienda.

Capítulo IX

LUZ EN LAS TINIEBLAS


ABÍASE iniciado bajo buenos auspicios el plan del astuto capataz del rancho «Loma Alta».

Apenas cruzaron el río alcanzando los pastos, descubrieron dos peones que vigilaban aquella parte y se arrojaron sobre ellos dispuestos a eliminarlos, pero los dos peones, al darse cuenta del inmediato peligro que se cernía sobre ellos, abandonaron su observatorio y a galope desenfrenado corrieron en busca de Set y Sam para darles cuenta de su trágica situación.

Antes de alcanzar el rancho lanzaron el grito de alarma disparando los revólveres al aire.

—¡Set... Sam!... ¡Cuidado, que nos asaltan!

Set, al oír las detonaciones, se asomó por la ventana del dormitorio de Sol y al darse cuenta de la situación palideció:

—¡Ah, granujas!—gritó—. ¡Han aprovechado la ausencia de nuestros peones para atacarnos!

Y como loco, abandonó la estancia, llamando a Sam y al resto de los peones para organizar la defensa, Sol, sin hacer caso de su herida, se arrojó del lecho, tomó sus revólveres y corrió a una de las ventanas que daban hacia la parte por donde avanzaban los asaltantes dispuesto a ser uno más en la defensa.

Mientras, los dos peones fugitivos habían penetrado en el rancho y Sam se había apresurado a atrancar la puerta por dentro para evitar que pudiesen penetrar en el interior.

Pronto se dieron cuenta de la gravedad de la situación. Más de treinta hombres enfurecidos y ansiosos de cobrarse en sus enemigos el posible castigo que les aguardaba avanzaban como fieras disparando sobre el rancho; pero cuando se vieron ante él tuvieron que frenar sus ímpetus homicidas.

Certeros disparos que partían del interior ponían una barrera de muerte ante el edificio, y como éste, por fortuna, poseía pocas ventanas bajas, la defensa que los nueve hombres allí encerrados

podían ofrecer resultaba muy peligrosa.

Sol, rabioso, medio tumbado sobre un banco para mantenerse erguido, buscaba con los ojos el blanco sobre que disparar. El siniestro capataz atraía su atención y le buscaba con anhelo; pero Gish, bien escudado por sus hombres, se mantenía a una distancia prudencial, poniéndose fuera del alcance de su revólver.

El asedio había empezado con saña y durante diez minutos se cambiaban disparos rabiosamente sin una decisión para nadie, cuando alguien gritó:

—¡El *sheriff*!... ¡El *sheriff* que regresa con el resto de los peones!

Gish lanzó un rugido de ira y ordenó:

—¡Diez hombres a la cerca! Barredlos cuando intenten forzar la entrada.

Y con el resto de sus secuaces se esforzó en asaltar el rancho antes de que los refuerzos pudiesen tomar parte activa en la pelea.

Pero los defensores, que habían captado el aviso, respiraron con más desahogo y duplicaron sus esfuerzos disparando hasta sentir abrasar en sus manos los cañones de los *colts*.

Sus rabiosos disparos habían hecho mella en el equipo de Gish. Varios de los peones se debatían en tierra alcanzados por las balas, y otros, aunque se mantenían a caballo, sangraban por diversos lugares de sus cuerpos.

Esto les exasperaba, obligándoles a extremar su ímpetu, pero cuando más intentaban el asalto, mayor castigo sufrían.

Por fin, gritos de rabia, órdenes tajantes, maldiciones terribles anunciaron que los refuerzos habían logrado traspasar la cerca, y ahora la batalla se agrandaba, buscando mayor espacio para la lucha, pues ya habían desistido de forzar el interior del rancho y su táctica era la de aniquilar el peonaje.

Rice, heroico y audaz, se mantenía en primera línea atacando a los asaltantes. Su lengua mordaz les lanzaba insultos terribles y amenazas espeluznantes, y aunque más de uno había tratado de acallar su boca de un disparo su astucia para la pelea y la movilidad de su enérgico caballo habían frustrado los siniestros propósitos de sus enemigos.

Poco a poco éstos se fueron separando del rancho, y cuando Set consideró que el peligro de un asalto había pasado abrió la puerta y, en unión de sus hombres, salió fuera para engrosar el grupo de defensores.

Sol, no queriendo permanecer al margen de aquel decisivo momento, medio se arrastró hacia la salida y apoyado en la jamba de la puerta disparaba sobre los más próximos, rabioso por no

poder tomar una parte más activa en el combate.

La lucha se mantenía indecisa y enconada, sin que se decidiese en favor de ninguno de ambos bandos, pues si bien habían caído más peones del lado de los asaltantes, éstos sumaban mayor número y también Set y Sam habían perdido combatientes.

Los dos hermanos, demostrando que no eran unos cobardes, se habían lanzado al centro de la pelea y se exponían como el que más habiendo recibido algunos rasguños que no eran de importancia, pero que patentizaban su arrojo. En el despliegue de fuerzas se habían desplazado en un radio de acción bastante extenso para poder moverse con desahogo, haciendo trotar sus caballos con habilidad y rapidez y el rancho iba quedando rezagado a medida que la movilidad del combate les obligaba a ampliar el radio de acción del encuentro.

De súbito, cuando más enconada era la lucha, algo se produjo que causó sensación en ambos grupos. Por la parte del río avanzaba a todo galope un negro jinete todo enmascarado, que empuñando dos revólveres se disponía a tomar parte en el encuentro.

Sol le distinguió apoyado en la jamba de la puerta y su corazón amenazó con paralizarse. ¿Qué iría a suceder con la insospechada presencia del jinete? ¿Cuál sería ahora su actitud y de parte de quién se pondría esta vez? Ahora no existía equívoco y, por lo tanto, la actuación del jinete sería deliberada y sin equívocos.

Súbitamente, se le vio avanzar disparando contra Set y Sam que peleaban adelantados. Ambos pudieron evitar la sorpresa de los primeros disparos pegándose al cuello de sus monturas y ya a nadie cupo duda de que se hallaba del lado del rancho «Loma Alta».

Gish, al recibir el refuerzo, maniobró para adelantarse cerca del jinete y sus hombres, animados por aquella ayuda, redoblaron sus esfuerzos muy necesarios para ellos, pues sus bajas eran ya considerables.

Pero los peones de Set, rabiosos por aquella deserción del jinete, se sintieron más enteros que al empezar la lucha y cargaron desesperadamente sobre el grupo enemigo que trataba de rehacerse.

Y en aquel momento crítico se volvió a producir algo que, esta vez, estuvo a punto de paralizar la lucha. Un nuevo jinete, también negro y enmascarado, surgió por detrás del rancho avanzando como un huracán y sus revólveres, empuñados con firmeza, sembraron la muerte en las filas de Gish antes de que sus hombres pudieran rehacerse de la sorpresa.

Todos lanzaron un ¡oh! indescriptible al observar la duplicidad; pero el nuevo jinete surgió, cruzando a todo galope por entre los

grupos, buscando con saña la silueta de su, sosías.

Este vaciló y, tras un momento de duda, emprendió la huida, al tiempo que Gish trataba de cubrir su retirada, interponiéndose ante el nuevo jinete para disparar sobre él, pero antes de que lo intentara abrió los brazos desesperadamente y, dejando caer el revólver, se inclinó de lado en la silla y rodó por tierra, donde se revolcó en los estertores de la agonía.

La caída del capataz y la huida del jinete negro que le había secundado, animó aún más a los peones del rancho «Bar 6», y éstos, como una tromba, cargaron sobre los contrarios ya en franca huida, seguros de la victoria. Mientras, el nuevo jinete galopaba furioso tras el primero, tratando de darle alcance, pero aquél galopaba furiosamente amenazando con evadirse.

Pero un disparo certero contra su magnífico caballo le detuvo en plena carrera. El animal, al sentirse herido, dio un bote tremendo y lanzó por las orejas al jinete, que rodó por la dura tierra, recibiendo un duro golpe en la cabeza que medio le atontó.

Pero comprendiendo el peligro se rehízo con energía y trató de defenderse, aunque tarde. Set, que había galopado en pos del jinete fantasma, cayó sobre él, atenazándole por los brazos hasta arrebatarle el revólver,

Luego, en un rasgo de ira, le arrancó el antifaz, y un grito de estupor se escapó de su garganta al reconocer el encubierto rostro.

—¡Violeta Clayton!

En efecto, el apócrifo jinete negro no era sino la dueña del rancho «Loma Alta», y esto explicaba la agresión de que fue objeto Sol y su ayuda a los indeseables que formaban su equipo.

La joven, pálida como la cera, con los dientes apretados, los labios exangües y los ojos fulgurantes de odio, no contestó. Debió entender que no cabía justificación ni merecía la pena intentarla.

Set la colocó el cañón del revólver en la espalda para obligarla a avanzar, y rápidamente se unieron a él su hermano Sam y el *sheriff*, el cual tenía un brazo medio colgado a consecuencia de un tiro recibido en el hombro.

Sol, que había asistido como un mero espectador a la trágica escena, se adelantó emocionado. Desde el momento en que había hecho su aparición el verdadero jinete fantasma había adivinado toda la verdad, y una alegría infinita, que casi le llevó a desmayarse, invadió su alma. Nadie se fijó en el jinete desde el momento en que éste, después de abatir al capataz, había desmontado a Violeta. Sólo Sol que le seguía con ávida mirada le vio volver grupas, pasar a veinte metros de él, saludar

graciosamente con la mano y desaparecer como la luz de un relámpago, por el mismo lugar por donde había llegado.

Cuando Set levantó la cabeza buscándole ya se había evaporado y lanzando una interjección, gritó:

—¡Por Judas!... ¿Quién es ese ser fantástico que jamás espera a que le den las gracias por sus acciones?

Y Sol, captando la exclamación, gritó con emoción:

—¡Es el espíritu puro de la justicia, Set, y la justicia no necesita parabienes!

El estruendo de las armas había casi cesado. Los pocos peones enemigos que se habían salvado de la tragedia galopaban hacia el río perseguidos por algunos de sus animosos rivales, que les hostigaban con saña, y los pastos, en un perímetro de media milla, aparecían cubiertos de cuerpos caídos: unos muertos y otros heridos, pero ninguno peligroso.

Sol se arrastró al encuentro de Set que hacía avanzar a Violeta y cuando se halló frente a ella, dijo irónico:

—Muchas gracias, señora. Le debo esto que me ha privado del honor de ser yo quien me cobrase la traición, pero confío en que alguien con autoridad dé satisfacción a mis dolores físicos y morales.

Rice, mordiéndose el bigote, rugió:

—Ese seré yo, Sol. También tengo una parte en la venganza.

Set, que ardía en deseos de descubrir todo el misterio que rodeaba la actuación de Violeta y su equipo, se dirigió a ella, diciendo:

—Señora, espero sus explicaciones. Quiero suponer que exista un motivo serio para que le animase un odio tan acendrado contra los míos y supongo que tratará de justificarse.

Ella pareció no oírle. Sus ojos giraban muy abiertos en torno a los caídos, como si entre ellos buscase algo que le interesase más que su propia vida.

Rice, sagaz, adivinó sus ansias y exclamó:

—¿A quién busca usted, paloma? Seguramente que estará entre ese montón de carroña caída en tierra. Puedo asegurarle que apenas si se han salvado media docena.

Sol, que pareció profundizar más en su ansia, exclamó:

—A lo mejor busca a su precioso capataz. ¿Era acaso el amor de sus amores, señora? Si así es, véale en lo que ha quedado.

Y con la mano señaló un cuerpo caído a unos doce metros de distancia.

Violeta, al oírle, pareció que se iba a desmayar. Luego,

reaccionando, se desasió del brazo de Set que la sujetaba y corriendo como un corzo, alcanzó el cuerpo del capataz cayendo de rodillas junto a él, al tiempo que exclamaba con un grito desgarrador:

—¡Padre!... ¡Padre mío!...

Sus palabras cayeron como un rayo entre los presentes...

Todos se miraron con angustia infinita, y Sol, sordamente, exclamó:

—¿Su padre? ¿Qué misterio es este?

Rice, intrigado, se acercó a la joven que sollozaba abrazada al cadáver de Gish, y lleno de curiosidad se quedó contemplando su barbudo rostro, su frente curtida y sus ojos vidriados por la muerte.

De súbito, se inclinó, y apartando bruscamente a la joven contempló más de cerca el cadáver, hasta que, dominado por el mayor asombro, gritó.

—¡Cuerpo de Judas!... ¡¡Barry...!! ¡Pero si es Barry Sill!

Su afirmación cayó como una bomba sobre los hermanos Lyons. Estos, sacudiendo furiosamente al *sheriff* por el brazo, rugieron:

—¿Qué dice, Rice? ¿Está usted loco?

—No, Set. No, Sam. ¡Es Barry, el asesino de vuestro padre y seguramente el de vuestro hermano Arthur!

Violeta, al oír la afirmación, se irguió altiva, rugiendo:

—¡Mentira, infames impostores! ¡Mi padre no asesinó a nadie!... ¡Mi padre fue una víctima de una maquinación infame tejida contra él para arrojarle de aquí!

Rice, irónico, replicó:

—¿Está usted segura, señorita?

—Si. Me lo aseguró él y tenía que creerle. Por eso le ayudé a vengarse y le hubiese ayudado hasta el final. Ahora, descubierto el incógnito, no me importa hablar. Quiero arrojar sobre todos, el desprecio más absoluto que me anima por el crimen que han cometido, y lo que pueda sucederme a mí, muerto él, nada me importa.

Luego, echando chispas por los ojos y encarándose con todos, añadió:

—Mi padre no mató al suyo, Set; me lo aseguró cuando fui a verle a la cárcel de Salt Lake City. Su matador fue el capataz que tenía, el cual no perdonaba ciertas ofensas que había recibido de su padre y de su equipo. Le mató una noche cuando se asomaba a «la garganta del muerto» y mi padre se vio obligado a ampararle, pues todo el equipo se lo exigió, amenazando con tomar represalias si le dejaba abandonado. El Jurado le condenó injustamente, y esta

injusticia fue la que le movió a jurar vengarse contra los que habían hundido su vida en el fango.

»Cuando ingresó en la cárcel me escribió para que fuese a verle. Yo me encontraba en Elko, en Nevada, con mi madre, quien se murió meses después de la vergüenza de saberse unida a un hombre acusado de asesinato. La muerte de mi madre me acabó de decidir a inclinarme hacia mi padre. Había vivido poco a su lado. Divergencias de carácter le obligaron a separarse de mi madre, con la que me quedé en Elko, donde nos enviaba una pensión para vivir, y al hallarme sola decidí vivir para él y para la venganza que había jurado tomar. Mi padre, según me dijo, temía que un día sucediese algo de lo que sucedió, y ante el temor de perder el rancho lo había puesto a nombre de un hermano de mi madre, y él fue quien se vino a vivir aquí después del proceso y quien defendió la hacienda para mí durante estos ocho años últimos. Cuando mi padre salió de la cárcel, hecho una sombra de lo que era, decidió volver aquí a cobrarse el daño sufrido. Nadie serla capaz de reconocerle: viejo, encorvado, con el pelo cano y las barbas blancas, obligó a mi tío a fingir la venta del rancho a mi nombre. Yo era desconocida aquí y nadie podía sospechar de mí. Él, escondido en los pastos, pasaría por el capataz del rancho y organizaría astutamente su venganza. Así, es cierto, pudo planear la muerte de Arthur Lyons y tenía planeada la de sus hermanos, si ese odioso «Vengador» no se hubiese mezclado en este asunto. Él fue quien prometió al peón que yo despedí readmitirle en el rancho si acababa con Sol King, y fue una desgracia que ese jinete misterioso le salvara matando a Raines y luego salvara a Sol de nuevo de la trampa en que había caído. La presencia de ese endiablado jinete sugirió a mi padre la idea de suplantarle, Si yo tenía nervios y coraje para ello podía suprimir a Sol haciéndole creer que era su misterioso protector. Me falló el pulso cuando disparé sobre él, quizá por mi falta de costumbre de intentar matar a un hombre, pero bien sabe Dios que ahora lo siento de veras. Lo demás no necesita muchas explicaciones. Ustedes han ganado y a nosotros nos toca perder; pero, sin mi padre, lo que suceda después nada me importa.

Rice, que había escuchado a la joven con calma, refutó:

—Siento que su padre haya sido tan canalla que le haya embarcado a usted en esta trágica aventura, sirviéndose de su persona como un juguete. Está demostrado que su padre contribuyó a la muerte de Lyons disparando sobre él su rifle. Lo encontramos muy oculto en su cuarto donde sólo él podía esconderlo. Él tenía premeditado el crimen. ¿No había de tenerlo si precisamente para

evitar que le costase la pérdida del rancho lo había vendido o fingido vender, antes del crimen? ¿No lo comprende usted? Usted fue un instrumento ciego en sus manos. Era usted su hija, pero... ¿qué hija? Una hija abandonada en manos de su madre, porque Barry era incapaz de hacerse amar de nadie en el mundo. Y ahora, ¿qué? Se ve usted acusada de un intento de asesinato en la persona de Sol King y responsable del asalto a este rancho, de complicidad en el asesinato de Arthur Lyons y, como final, de haber contribuido a la muerte de unos cuantos infelices y honrados peones que han muerto por defender la Ley. ¿Se da usted cuenta de su trágica situación?

Violeta, que se había erguido, parecía transfigurada al oír las aseveraciones del *sheriff*. Sus grandes ojos velados por un halo sangriento giraban de un lado a otro como buscando algo, hasta que, repentinamente, de un salto felino se lanzó sobre un caballo que se hallaba a pocos pasos de ella y montando con habilidad en la silla le clavó las espuelas obligándole a partir como un meteoro.

Set lanzó un rugido de rabia y buscando el caballo más próximo lo montó, lanzándose tras la joven que le llevaba bastantes metros de ventaja.

Una trágica carrera se estableció entre ambos. Violeta, con una línea de conducta trazada, martirizaba los flancos de su montura que, medio loca, galopaba ciegamente. Poco a poco el terreno de los pastos fue quedando atrás y algo trágico se abrió frente a ellos como única etapa de aquella pugna alucinante: «la garganta del muerto».

Violeta, rectamente, con un deliberado propósito, siguió galopando hasta que el caballo ciego, sin ver el riesgo, alcanzó el corte de la impresionante garganta y se lanzó al vacío con el cuerpo de la angustiada joven.

Un grito de terror se escapó de la boca de Set cuando se dio cuenta de la tragedia y refrenó a duras penas el galope de su montura. Luego, emocionado, se asomó al farallón, pero ya nada tenía que ver en él. La corriente se había tragado el cuerpo de la atormentada muchacha.

Set, deprimido, volvió a los pastos, y cuando dio cuenta de lo sucedido, un piadoso silencio acogió la noticia.

—Usted ha sido la causa de su muerte—afirmó Sol—. Rompió usted en pedazos el ídolo que ella se había formado de Barry, y al darse cuenta de su tragedia prefirió eso a las consecuencias.

El *sheriff* se encogió de hombros, diciendo:

—¿No les parece mejor eso, que colgarla de un roble? Su

situación no era envidiable y su condición de mujer no podía eximirla del justo castigo.

Sol, penosamente, se separó del grupo y se dirigió al rancho, dándole la vuelta. Por allí había desaparecido el jinete fantasma de cuya lealtad había dudado por un momento, y ahora recobrada en él la fe perdida, añoraba su presencia y dejaba vagar su vista por el infinito como si pretendiese alcanzar a distinguirle sobre el borde dorado de una nube que flotaba en el azul del cielo.

F I N